

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 21 de LA MODA.

1872. — TOMO XL.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 31. — Nº 1,034.

SUMARIO.

Monseñor Luis Tola, obispo de Manabí (República del Ecuador); grabado. — Literatura sanscrita. — La romería de Lourdes; grabados. — Revista de París. — Poesía. — El camino de la Gruta; grabado. — Cuentos de Hoffmann: El violín de Cremona. — Marino Faliero. — Hundimiento del puente de Constantina en París; grabado. — La escuela de natación, por Bodmer; grabado. — ¿Qué hará de ello? novela escrita por sir Edward Lytton Bulwer. — Máquinas de vapor verticales; grabado.

Monseñor Luis Tola,

OBISPO DE MANABÍ

(REPÚBLICA DEL ECUADOR.)

El Ilustrísimo y Reverendísimo Monseñor Luis Tola, nació el 23 de marzo de 1811. Sus cristianísimos padres supieron infundir en el corazón del hijo los sentimientos de virtud y de piedad, que siempre han sido las dotes más sobresalientes en el dignísimo prelado.

Siendo aun muy joven sirvió en la marina peruana, y embarcado á bordo de la fragata de guerra *Prueba*, anclada en la ría de Guayaquil, tuvo que desembarcarse en este puerto á causa de haberle atacado una enfermedad; mas la Providencia, que guardaba al jó-



MONSEÑOR LUIS TOLA, OBISPO DE MANABÍ.

ven marino para hacerle más tarde lumbrera y firme columna de la Iglesia, le afligió con ligeras dolencias, para salvarle de la catástrofe reservada al buque peruano, incendiado en la mañana del 18 de mayo de 1829.

En 1835, el señor Tola era edecan del jefe superior del departamento del Guayas, don Vicente Rocafuerte, después presidente de la República.

Por los años de 1837 á 1839, Monseñor Tola llevaba una vida ejemplar: había renunciado al mundo, y dejando la carrera de las armas, el comercio y los destinos públicos, abrazó irrevocablemente el estado eclesiástico, dedicándose al estudio de la teología.

Nombrado canónigo de la catedral de Guayaquil en 1843, y prevendado mayor el 28 de junio de 1848, hizo oposición á la silla Penitenciaria en 1852, y tuvo aprobación canónica.

Obtuvo la dignidad de maestrescuelas el 12 de octubre de 1855, y ascendido á obispo titular de Berissa, por Su Santidad Pío IX, en 1º de octubre de 1863, se consagró el 15 de noviembre del mismo año. Por su recomendable prudencia, piedad, probidad de vida y costumbres, mereció representar, como vicario general, á los Ilustrísimos y reverendísimos obispos Garaycoa y Aguirre, y como vicario capitular, casi siempre estuvo en sus manos el gobierno de la iglesia, durante su permanencia en Guayaquil.

En 1869, asistió al Concilio Euménico Vaticano, y habiendo sido preconizado primer obispo diocesano de Portoviejo, en el mes de marzo de 1871, se trasladó al nuevo obispado, en donde tuvo espléndido recibimiento, debido á sus virtudes y buena reputación apostólica.

X.

Literatura sanscrita.

EL RAMAYANA.

(Continuacion. — Véase el número 1,033).

Llegado Hanumat á las puertas de la ciudad, de tal suerte disminuye su tamaño, que logra librarse de las ligaduras que le sujetan, y tomando una maza, da muerte á sus verdugos; despues aumentando de nuevo sus proporciones hasta un extremo portentoso, pasea su cola inflamada por los tejados de las casas, consiguiendo en pocos instantes incendiar toda la poblacion; no contento con esto, arranca de un palacio una enorme columna, y arrojándola sobre los Rakshasas, causa en ellos terrible mortandad.

Satisfecha su venganza, sube Hanumat á una elevada montaña que se hunde bajo sus plantas formidables y tomando vuelo atraviesa rápidamente el mar, viniendo á caer en medio del campamento de los monos que en la orilla le esperaban y á los cuales refiere todas sus aventuras.

El ejército se pone en seguida en marcha con direccion al cuartel general de Sugriva. Llegados á un bosque llamado el *bosque de la miel*, propiedad de Sugriva, guardado por su tío Dadhimukha, los soldados piden á su general Angada que les deje comer la miel que en el bosque se contiene, á lo que accede gustoso el general. El bosque es entonces entregado al pillaje; los guardas tienen que huir despues de ser maltratados por la soldadesca; quéjense á Dadhimukha, y este, poniéndose al frente de ellos, se dirige contra los invasores, entablado con ellos furioso combate. Vencido Dadhimukha huye del bosque, y acompañado de los guardas va al cuartel general y refiere lo sucedido á Sugriva.

Al escuchar Sugriva la narracion de Dadhimukha, presume que si el ejército se ha entregado á tales excesos, habrá sido por celebrar el feliz éxito de sus gestiones, y que por tanto, habrá encontrado á Sita. Regocijado con tal idea, aprueba la conducta de los soldados y ordena á Dadhimukha que vuelva al bosque y ordene á las tropas que se presenten inmediatamente en el cuartel general. La orden es obedecida y á poco tiempo el ejército de Hanumat y Angada llega á la presencia de Sugriva y da cuenta del resultado de la expedicion. Interrogado Hanumat por Rama acerca de las obras de defensa que hay en Lanka, el mono contesta con la siguiente descripcion, que puede dar una idea aproximada, descartada de toda hipérbole, acerca del sistema de fortificaciones que se usaba en aquellos tiempos.

« La ciudad, dice Hanumat, está cerrada por sólidas » puertas y rodeada de profundos fosos. Tiene cuatro » puertas muy altas y grandes, sobre las cuales hay » formidables máquinas de guerra de gran fuerza y » grandes dimensiones. Estas puertas están reforzadas » con espantosas vigas de hierro macizo, artísticamente » trabajadas, y ante ellas hay colocados centenares » de *sataghins* (1) forjados por las heroicas tropas de » los Rakshasas... Tiene una muralla de hierro, muy » alta, inexpugnable, embellecida con oro, coral, lapidazuli, pedrería y perlas. Hay muchos fosos profundos de agua muy fria, llenos de peces, pero infestados de cocodrilos que dan espanto y llenan el corazón de horror. En las puertas hay cuatro corredores de hierro, muy estrechos, defendidos por máquinas de guerra y arqueros numerosos, intrépidos y de gran talla. Aunque un ejército enemigo llegue á franquear estos corredores, encontrará despues tres desfiladeros llenos de máquinas mortíferas y dispuestos al rededor de los fosos. Detrás de estos desfiladeros hay otro pasaje mas difícil é impracticable, fuerte, sólido, inquebrantable y con columnas de oro... »

Terminada la narracion de Hanumat, Rama ordena que el ejército se ponga en marcha inmediatamente, disponiendo además que el gobernador Nila mande una vanguardia de 100,000 monos, que Rishabha se encargue del ala derecha del ejército, y Gandhamadana del ala izquierda, dirigiendo el centro el mismo Rama montado en Hanumat y Lakshmana que cabalgará en Angada; Dambarat, Sushena, Vegadarsi y el rey de los osos mandan la retaguardia. Al cabo de algunas jornadas, los aliados acampan á las orillas del mar.

Entre tanto, Ravana convoca á sus ministros para deliberar acerca de lo que conviene hacer en tales circunstancias. Todos ellos se deciden por la guerra, pero el hermano de Ravana, el virtuoso Vibhishana, aconsejado por su madre, trata de inclinar el ánimo del monarca en favor de la paz. Opónense á ello los ministros, y las juiciosas observaciones del príncipe se estrellan ante la fiereza de su hermano y ante la preponderancia que en la corte obtiene el elemento militar. El debate se acalora de tal suerte, que enfurecido Vibhishana anuncia su propósito de abandonar á los suyos y reunirse con Rama; al escuchar tales

(1) Ya hemos dicho que se cree que los *sataghins* eran armas de fuego.

palabras, Ravana se lanza sobre él, le maltrata y le arroja ignominiosamente de su presencia. Vibhishana, acompañado de cuatro demonios, se dirige entonces al palacio de su hermano mayor Kuvera, dios de las riquezas (Pluto) situado en el monte Kelesa. Kuvera se hallaba en aquel momento ocupado en jugar á los dados con Siya que habia ido á visitarle. Al verle venir Siva dice á Kuvera que Vibhishana está destinado á reemplazar á Ravana en el trono de los Rakshasas, cuya prediccion repite en presencia del mismo Vibhishana, exhortándole á la vez á que dé pronta muerte al tirano de Lanka. Despues de una amistosa conferencia, Vibhishana se despide de los dioses y se presenta en el campamento de los monos.

Recibido por estos con marcada hostilidad, les refiere lo sucedido y les suplica que anuncien su visita á Rama; pero Sugriva, creyendo que viene en calidad de espía, aconseja á su aliado que le dé muerte; este, sin menospreciar el aviso, manda que se reúna al punto el consejo de generales para acordar lo mas oportuno.

La mayor parte de los caudillos opina que se vigile cuidadosamente á los Rakshasas, presumiendo que no traen buenas intenciones; mas sagaz y político Hanumat, que en todas las ocasiones muestra gran tacto en el manejo de los negocios, emite la opinion de que Vibhishana viene al campamento movido de la ambicion de reemplazar en el trono á su hermano, cuya caída considera segura. Por último, Rama sostiene la conveniencia de recibir cordialmente al Rakshasa, no solo por respeto á los deberes de la hospitalidad, sino porque le considera incapaz de hacer ningun daño. Aceptada esta opinion por el consejo, Vibhishana es recibido por los príncipes aliados á quienes refiere los motivos que le impulsan á desertar de su campo y á ofrecer sus servicios á Rama. Este en premio de su conducta le consagra como rey de los Rakshasas.

Resuelto Rama á comenzar la campaña, entrégase durante tres dias á la penitencia para obtener una conferencia del mar y conseguir de él que ayude á su ejército en la empresa de atravesarle. Los piadosos ejercicios de Rama son inútiles; el mar (personificado en una diosa) no se presenta al héroe; enfurecido este lanza contra él sus flechas, y entonces aparece ante su vista la diosa del mar, vestida con una túnica de púrpura y adornada con guirnaldas de flores rojas y joyas de oro. La diosa marina le dice que no consentirá que se eche un puente sobre sus aguas, pero si que se construya un espolon ó muelle que puedan atravesar los soldados, prometiendo además que evitará que los monstruos marinos molesten á los obreros, que hará callar al viento y mantendrá en calma las olas.

Entonces lleva á cabo el ejército la atrevida empresa de construir una calzada ó muelle inmenso en medio de las aguas, desde la orilla hasta la isla de Lanka, que queda de esta suerte unida al continente. Rocas y troncos de árboles forman esta construccion maravillosa, en cuya descripcion muestra de nuevo el poeta su afición á las hipérboles, refiriendo que los obreros arrancaban del suelo montañas enteras cubiertas de árboles y las arrojaban con terrible estruendo en medio del Océano. La anchura de la calzada era de diez yodjanas (50 millas). De tan sorprendente espectáculo son testigos todos los dioses.

Piensen los críticos que esta calzada ó puente de Rama no es otra cosa que un lejano recuerdo del istmo que en otro tiempo unió á la isla de Ceylan con el continente. En opinion de Malte-Brun, la cadena de islas, islotes, rocas aisladas, bancos de arena, etc., que hoy unen casi por completo la mencionada isla con el continente es el resto del primitivo istmo, sin duda destruido por una revolucion geológica. La popularidad de las leyendas consignadas en el *Ramayana* es tal, que los indios llaman *Puente de Rama* á estos islotes y arrecifes; los árabes sustituyeron este nombre con el de *Puente de Adam*. De todos modos, parece evidente que este episodio del *Ramayana* hace referencia á una importante revolucion geológica.

Terminada la obra, el ejército atraviesa la calzada y acampa en la isla de Lanka, dando aquí fin el libro quinto.

Al comenzar el libro sexto, llamado *De los combates*, Ravana envía al campo enemigo dos espías disfrazados. Reconocidos al punto por Vibhishana y llevados á la presencia de Rama, este, lejos de molestarles, les da un salvo-conducto para que salgan del campamento, encargándoles que den á Ravana cuenta detallada del estado del ejército sitiador.

Hácenlo así los espías, y subiendo al terrado del palacio de Ravana en compañía de este, van señalando los diversos cuerpos del ejército, y refiriendo las diversas hazañas de los caudillos principales. La descripcion brillante que de las tropas sitiadoras hacen los espías, es uno de los mas bellos pasajes del poema (1).

(1) Contiénese en esta descripcion un curioso episodio referente al nacimiento de Bali y Sugriva. Molesto Brahma por un grano de arena que se le metió en un ojo, lo arrojó con fuerza á la tierra; de este grano nació al punto una hermosa mujer. Enamorado el sol de ella, la fecundó con sus rayos y la llamó Bala; igual favor le concedió mas tarde Indra. Fruto de estos amores divinos fueron los dos hermanos Bala y Sugriva, reyes de los monos. Es esta una de las innumerables leyendas en que aparecen las ideas de la encarnacion y de la fecundacion mística

Decidido Ravana á triunfar de la virtud de Sita por medio de la magia, ordena al hechicero Vidjudihva que forme una cabeza fantástica semejante á la de Rama. Penetra despues en el aposento de Sita y la refiere que su esposo ha sido muerto en la batalla, en prueba de lo cual la presenta su ensangrentada cabeza y su arco famoso.

Entrégase la princesa á la desesperacion al saber tan infausta noticia; pero llamado en aquel momento Ravana por uno de sus generales, sale de la habitacion precipitadamente y la cabeza mágica se desvanece en un instante, con lo cual Sita comprende que es victima de un engaño.

Entre tanto Ravana celebra consejo con sus ministros y generales; todos deciden resistir hasta el último extremo; aprueba Ravana este propósito y organiza al punto la defensa, encargando de la parte oriental de la ciudad á Prahasta, de la occidental á su hijo Indradjit, de la setentrional á Suka y Sarana y de la meridional á Mahaparswa y Mahodara, confiando el centro al general Virupasksha.

Desde este momento el poema ofrece marcada semejanza con la *Iliada*. Combates formidables, ya colectivos, ya personales, en que juegan, no solo las armas ordinarias, como lanzas, venablos, etc., sino árboles enormes arrancados de raíz ó montañas enteras descuajadas por el brazo robusto de los monos; actos repetidos de valor, de heroísmo y aun de temeridad; rasgos generosos á veces, y á veces feroces y bárbaros; batallas que duran incalculable espacio de tiempo y que presencian los mismos dioses; todo ello descrito con el brillante colorido propio de la fantasía oriental, tan rica en hipérboles, exageraciones y metáforas — tal es el contenido de una gran parte de este libro, que, ora recuerda los mas grandiosos pasajes de la *Iliada*, ora las mas inverosímiles narraciones de los libros de caballería.

Mientras Ravana organiza la defensa de la ciudad, los compañeros de Vibhishana, Anala, Hara, Sampati y Prashasa, se enteran del estado de las fortificaciones, donde penetran convertidos en pájaros. Oidos sus informes, Rama y sus generales celebran consejo, y despues de organizar el plan de campaña, resuelven comenzar el ataque. Nila recibe orden de atacar la plaza por el lado del Oriente, Angada por el Sur, Hanumat por el Poniente, Rama y Lakshmana se encargan de atacar por el lado del Norte, y Sugriva, Vibhishana y el rey de los osos, de combatir al cuerpo de ejército colocado en el centro de la ciudad.

Antes de romper las hostilidades, Rama envía á Ravana su *ultimatum* por medio de Angada. Ravana trata al embajador tan duramente como en otra ocasion trató á Hanumat, y manda que le prendan, pero Angada huye despues de destruir los techos del palacio. Al saber Rama lo sucedido, da orden para que inmediatamente empiece el ataque.

Nuestros lectores nos permitirán suprimir la descripcion de esta primera batalla; es una serie de combates singulares muy semejantes á los que en la *Iliada* se refieren. La descripcion es notable por su vigor, colorido y movimiento. La lucha dura hasta la noche y termina cuando el hijo de Ravana, Indradjit, apelando á sus artes mágicas, se hace invisible y lanza contra Rama y su hermano flechas encantadas que les privan de todo movimiento. La victoria entonces se declara por los Rakshasas, que celebran su triunfo con el mas estrepitoso regocijo.

Privado de movimiento y cubierto de heridas, lamenta entre tanto Rama su desgracia; el viento entonces, recordándole su origen divino, le anuncia que Garuda (el pájaro de India) vendrá á romper los lazos encantados que le sujetan.

La prediccion se cumple: en medio del estremecimiento de la naturaleza entera desciende á la tierra el ave maravillosa, y abatiendo su vuelo sobre los príncipes vencidos, desvanece el encanto que les oprime y cura sus heridas, prodigándoles palabras de consuelo; hecho lo cual, píerdese de nuevo en el seno de los aires.

Al saber Ravana que sus enemigos están libres y restablecidos de sus heridas, ordena una nueva salida bajo la direccion del general Dhumraksha. El éxito del combate es desfavorable á los sitiados; Dhumraksha muere á manos de Hanumat y sus soldados tienen que refugiarse en la ciudad. El bravo Akampana le sustituye y renueva la lucha, pero á su vez es derrotado y muerto.

Encolerizado Ravana resuelve ponerse al frente de sus tropas, sin que sean parte á detenerle los ruegos de su esposa Mandodari. Montado en su carro de guerra, lánzase á la lucha el terrible demonio, en medio de las aclamaciones de sus soldados, y sus ciertos golpes sientran el espanto en el ejército sitiador, cuyo jefe, Sugriva, cae gravemente herido. Repuestos, sin embargo, de su primer asombro, los monos atacan vigorosamente á Ravana, que por fin tiene que abandonar el campo y volver á Lanka, seguido de sus soldados.

Extraño es, por cierto, el episodio que sigue á esta batalla. Desesperado Ravana por su derrota, resuelve pedir auxilio á su hermano el terrible gigante Kumbhakarna. Este gigante, dotado de una fuerza y de una voracidad prodigiosas, (mezcla singular de Hércules y Polifemo) devoró poco despues de nacer diez Apsasas

de la virginidad por la divinidad, tan frecuentes en las religiones arias.

y continuó durante su vida haciendo tal estrago en todos los seres, que Indra hubo de quejarse á Brahma y suplicarle que pusiera coto á tales desmanes. Brahma entonces le maldijo y le condenó á permanecer dormido perpétuamente. Habiendo intercedido en su favor su hermano Ravana, Brahma suavizó su pena, ordenando que durmiera durante seis meses, pasara luego un día despierto y despues se volviera á dormir. En busca de este monstruo envia Ravana una comision de Rakshasas.

Cuando los Rakshasas llegan al palacio del monstruo, este dormia profundamente. Para despertarle comienzan los enviados por amontonar ante él todo género de alimentos, hasta formar con ellos una gran montaña; ponen despues al pié de su lecho multitud de bebidas; úngente con sándalo; cúbrele de ricas vestiduras; cantan, bailan, tocan instrumentos, golpean al gigante; todo en vano: fuerza es para despertar al monstruo que las mas bellas mujeres hagan resonar sus voces argentinas y ejecuten en su presencia vistosas danzas. Por fin, el formidable gigante estira sus brazos «grandes como la cima de una montaña», abre su boca «semejante á un volcan submarino», da terrible bostezo y despierto, al cabo, pregunta por qué se le molesta. Dícenle entonces que Ravana le llama, y al oír tal nueva se levanta, se viste y despues de satisfacer su voracidad con un monstruoso banquete y saciar su sed bebiendo sangre, se pone en marcha para socorrer á su hermano.

En este singular episodio el poeta revela otra vez su afición á la hipérbole; pero la exagerada descripción del gigante mas tiene de grotesca que de grandiosa. Kumbhakarna es una figura repugnante que nada tiene de sublime ni de poética. No la hubiera retratado Homero; pero el genio griego supo siempre evitar el temible paso que separa á lo sublime de lo ridículo, mientras que en su excesiva afición á lo colosal y á lo desmesurado, el genio oriental confundió con frecuencia la grandeza con la magnitud, la sublimidad con la extension, y queriendo tocar á las cimas de lo majestuoso vino á caer en lo grotesco.

Llegado Kumbhakarna al palacio de su hermano y enterado de los sucesos pasados, resuelve presentarse solo en el campo de batalla, adonde se dirige sobre su gran carro, montado en ocho ruedas y arrastrado por cien asnos.

Presagios siniestros anuncian al guerrero su próxima ruina; él no hace caso y prosigue su camino con gran terror de los monos, que huyen á la desbandada; logra al cabo Angada obligarles á hacer frente al gigante, pero son derrotados por este.

Las exageraciones del poeta al narrar las hazañas del gigante, llegan al último extremo posible y no pueden menos de hacer sonreír al lector. Enormes peñascos lanzados contra Kumbhakarna son rotos por este á puñetazos; por el cuerpo del gigante suben los monos como por una montaña; él los devora, pero se salvan saliéndose por las ventanas de sus narices y hasta por sus orejas; en suma, todas las hipérboles imaginables concurren á hacer del héroe, no una concepción grandiosa, como quiso sin duda el poeta, sino un personaje de comedia de magia, un monstruo mas ridiculo que sublime; una caricatura exagerada, mas que una figura poética.

Sale por fin á su encuentro Rama y trábese entre ambos terrible combate, semejante á los que refieren los libros de caballería, en lo exagerado é inverosímil. El gigante cae muerto á los piés de Rama, y al caer tiembla la tierra, agítase el mar y 2,000 monos quedan aplastados bajo su cuerpo.

Al saber tan infausta nueva Indrajit, hijo de Ravana, monta en su carro y se presenta en el campo de batalla, rodeado de sus mejores tropas. Apelando de nuevo á sus artes mágicas, encanta sus armas, se hace invisible y siembra el espanto y la desolacion en las filas de los soldados de Rama. Por fin se retira victorioso, dejando gravemente heridos á Rama, Lakshmana, el rey de los osos Djambarat y muertos ó heridos á 640 millones de monos.

El rey de los osos dice entonces á Hanumat que vaya al Himalaya y busque en él una montaña llamada *la montaña de los simples*, donde hay toda clase de yerbas medicinales; allí se crían cuatro plantas maravillosas que curan los heridos y hasta resucitan los muertos; si Hanumat logra traerlas, todo el ejército se habrá salvado.

Encaminase Hanumat á la montaña designada por el rey de los osos; pero no encuentra las plantas, porque estas se hacen invisibles para que no las coja; furioso entonces, descuaja la cima del monte, llega con ella al campamento, y haciendo que los heridos aspiren el olor de las plantas medicinales, les devuelve la salud perdida. Es digno de notarse en esta relacion que las plantas aparecen dotadas de inteligencia y de poderes sobrenaturales, circunstancia que á primera vista extraña, pero que es lógica consecuencia de la idea panteísta que se revela en el poema.

(Se continuará.)

La romería de Lourdes.

A la falda de los Pirineos, al extremo del vasto y fértil llano de Tarbes, y en el punto en que todo paso

en direccion al Sur, conduce en medio de los accidentes que presentan las grandes montañas, se encuentra situado el antiguo y reducido pueblecillo de Lourdes, cuyo nombre acaba de hacer tanto ruido. No se llega allí en 1872 como se llegaba antiguamente, sobre todo en los meses de setiembre y de octubre, pues es el tiempo de las fervientes peregrinaciones, y acude gente de todas partes, hasta de las provincias mas lejanas del Norte y del Oeste.

— Que no os sorprenda esta afluencia, me dijo un anciano sacerdote que viajaba conmigo. Las leyes de la naturaleza quieren que á toda acción violenta siga una reacción que suele ser no menos violenta. Hemos sufrido hartas penalidades para que no apelemos con fervor á la protección divina. Nuestra Señora es la gran protectora celeste de la Francia. En todo tiempo ha habido en Francia el amor mas ardiente á la Virgen Inmaculada. Aun cuando los historiadores no hablaran de esto, atestiguan esa fe los innumerables y antiguos santuarios que cubren nuestro territorio. Para no citar mas que dos ejemplos, aquí cerca, en el Bearn, á cuatro pasos de Lourdes, están la capilla y la Virgen de Betharram, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, segun dice el ilustre Marca; y mas allá, en el valle de Aspe, se encuentra Nuestra Señora de Sarrance, que invocaba Luis XI en sus dias de prueba. Finalmente, no olvidemos que Luis XIII consagró la Francia entera á la Santísima Virgen.

¡Qué multitud! ¡Qué confusión y qué mezcla! La señora elegante con vestido de seda y sombrero adornado de plumas y flores, al lado de la obrera con vestido de percal ó de indiana. Si se ven muchos pañuelos en la cabeza, una ojeda basta para descubrir que tambien hay muchos vestidos á la última moda. Ninguna distincion social en el único camino que conduce á la gruta y á los santuarios. Cada cual con el rosario en la mano se encamina con la misma fe y la misma esperanza. En medio de los que solo padecen dolores morales, se ven estropeados y achacosos, y todo el mundo abre paso á los males físicos. En todos los ángulos del camino pululan pordioseros que reciben abundantes limosnas.

Lo mismo diremos de los hombres. Si hay en la multitud diputados, magistrados, eminentes funcionarios públicos y escritores y artistas, quizás se sabe en Lourdes; pero se ignora en el camino de la gruta, pues el aldeano se confunde en santa fraternidad con el habitante de la ciudad, cada cual con el rosario al cuello, que parece ser la señal distintiva de todos los peregrinos.

Se llega á la gruta; pero antes se pasa por la iglesia, donde se detiene la gente mas ó menos tiempo, segun la devocion de cada uno. El edificio está construido sobre una aglomeracion de peñascos gigantescos que ha sido preciso nivelar y trabajar con arte para obtener el templo con sus criptas. La mano del hombre ha tratado de respetar y conservar lo que habia hecho la naturaleza, añadiendo solo su propio trabajo para que sea el santuario digno de su destino. La gruta tiene, pues, las líneas abruptas que tenia en la época en que la frecuentaba Bernardette Soubirous. En el sitio de las apariciones han puesto una Santísima Virgen radiante entre las luces que no se apagan nunca, y en torno de su auréola se lee: YO SOY LA INMACULADA CONCEPCION. Son las mismas palabras que oyó la pobre muchacha de la montaña cuando recogia leña seca. Aquí se reza con fervor antes de obedecer á esta orden escrita en los muros: ID Á BEBER Á LA FUENTE Y Á LAVAROS.

La fuente es, en efecto, un punto capital de esas grutas transformadas en criptas. Un agua helada atraviesa por las rocas hasta que logra abrirse un paso mas libre, donde la reunen y la dirigen á una vasta piscina. A esta piscina llegan los enfermos y achacosos, todos aquellos que por la protección de la Virgen esperan obtener alivio en sus miserias y la curacion de sus males. Y son muy numerosos. Por sí mismos proceden á las abluciones, cuando tienen fuerza para ello; y cuando no, hay siempre en torno de la piscina hermanos hospitalarios, acostumbrados á cuidar enfermos, que no retroceden ante ningun dolor; ellos lavan las llagas, dan de beber y ayudan á los paráliticos á no perderla confianza en la protección celeste.

La gruta está llena de *ex-voto*, como se ve en Nuestra Señora de la Guarda, en Marsella, en Nuestra Señora de Fourvières, en Lyon, y en Nuestra Señora de Gracia, en Honfleur. El cojo que anda cuelga sus muletas, el parálitico sus bastones, cada cual, en su gratitud, regala á la Virgen el instrumento que le permitia tolerar su suplicio permanente. Pero lo que mas abunda son las inscripciones, que tienden á reemplazar el *ex-voto*, á menos que no sea un *ex-voto* simbólico, en cuyo caso toma todas las formas, corazones alados, inflamados, atravesados con una flecha, relicarios, lámparas, custodias, etc. Algunos de estos regalos son magníficos, lo que prueba que la confianza en Nuestra Señora de Lourdes ha penetrado en todos los círculos sociales.

Todos los peregrinos preguntan por Bernardette Soubirous, y les contestan que se halla en un convento de Nevers, donde ha tomado el velo de religiosa. Una hermana suya habita en Lourdes y enseña la casa de sus padres, casa rústica muy humilde, como todas las del valle de Lourdes. No se entra en ella fácilmente, sin duda para que los visitantes no deterioren lo que ha servido á Bernardette. Pero el tiempo hace su obra, y dentro de pocos años los pobres muebles habrán caído en polvo.

Así nos lo decia nuestro compañero el sacerdote.

Los sacerdotes llegan de todas partes. Mas de mil habia para la fiesta del 6 de octubre, que debia celebrarse pomposamente. Habia ocho prelados. Al lado del arzobispo de Auch, M. de Langalerie, estaban el obispo de Carcasona, los obispos de Tarbes, de Aire, de Agen, de Mende, de Luzon, y un vicario apostólico de las Indias.

Despues de los obispos llamaban la atención principalmente los monges y los religiosos regulares. Los habia de todos los hábitos. En cuanto á jesuitas, se encontraban en todos los grupos. Distinguiase un cartujo que con un permiso especial ha salido de la gran Cartuja cerca de Grenoble, y trae la bandera de su orden á Nuestra Señora de Lourdes. El cartujo y un trapense se disputaban la curiosidad general.

Relativamente hablando, las mujeres consagradas á la vida cenobítica y religiosa, son menos numerosas que los hombres, lo cual se explica porque la regla del claustro se observa siempre con mas severidad entre las religiosas. Sin embargo, aparecen bien representadas todas las corporaciones que se dedican á cuidar á los enfermos en los hospitales y á educar niños en las escuelas. Las cofias de antaño y las capuchas asoman por todas las esquinas de las calles.

El 6 de octubre la fiesta del Rosario ha tenido un tiempo brillante. Por la mañana hubo algunas nubes, pero al medio dia salió el sol con todos sus esplendores, y se disfrutó de la atmósfera tibia del otoño.

Se ha hablado mucho del 6 de octubre, porque era el dia elegido para la peregrinacion de Paris; pero no se debe creer que un solo dia falte mucha gente en Lourdes. Todo el año llega gente de los puntos mas opuestos del territorio, y los misioneros especiales que sirven la iglesia, tienen siempre tarea. Así es desde 1860. Dos años han bastado para dar fama á la nueva romería. Sin embargo, la construcción de una vía férrea no ha causado perjuicio; un empleado afirmaba que en un año ha decuplicado el número de viajeros. Del 10 de setiembre al 6 de octubre ha habido 42,167 por el camino de hierro; júzguese cuál seria la afluencia, tanto mas, cuanto hay otras vías para ir á Lourdes. Desde el 15 de agosto principalmente, las fiestas de la Virgen abundan y los santuarios venerados están atestados de fieles. El 9 de octubre llegaron los peregrinos de Paris y despues los de Marsella.

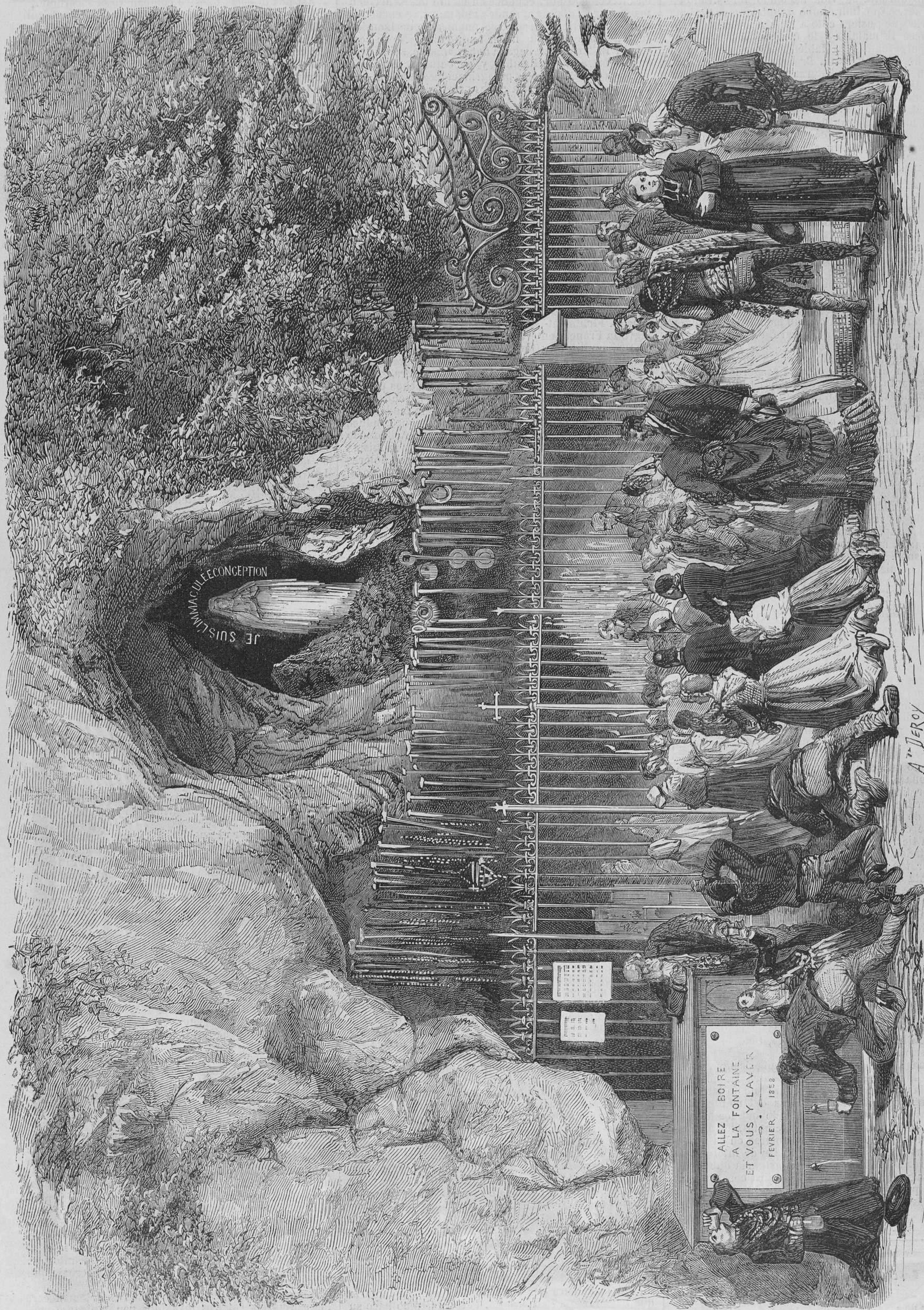
Cuando llegaron los peregrinos de Paris para la fiesta del Rosario, en número de unos 2,000, se confundieron muy luego en aquella multitud de cerca de *cuarenta mil almas*. El camino de la gruta es uno de los mas pintorescos que pueden imaginarse. Rocas, praderas y torrentes; á un lado de la vía se siguen sin interrumpirse los puestos en que se venden objetos de devocion, escapularios, rosarios chicos y grandes, medallas, cruces, etc. Ningun peregrino deja de comprar alguno de estos recuerdos, y el artículo preferido es el rosario de boj amarillo con gruesas cuentas. Así que el sacerdote le ha echado su bendiccion, la mayor parte de los peregrinos no se quitan ya este rosario.

Así andan por el pueblecillo, y la aglomeracion es tan grande, que se circula con mucho trabajo, y no está de sobra conocer la lengua del país para hablar con el aldeano, pues el aldeano domina aquí, como en todas partes, y forma la mayoría. Los distintos países se distinguen por el corte de la chaqueta, por el color del gorro y por la capa leonada ó blanca. La llanura, la montaña y el valle han suministrado su contingente. El carretero de Ossun y el labrador de Juillan, se mezclan con el mantequero de Campan y el pastor de Bareges. La original chaqueta encarnada de Ossun forma contraste con los vestidos sombríos del valle de Aspe y del llano de Nay. Un andarín montañés con el calzon corto, que prolongan unas perneras de lana tosca, se distingue al lado del hombre que fabrica el queso de Asson ó del que hace el carbon en los bosques de las primeras vertientes de los Pirineos.

Esto dice relacion con los lugares mas próximos; pues tambien han venido peregrinos del Armañac, de las Landas, de las orillas del Garona y hasta de las montañas de Auvernia. Se ve que el elemento parisiense desaparece fácilmente sin sobresalir en esa multitud, donde es digno de observarse que no se produce el menor desorden. Y es singular; pues se está muy lejos de disfrutarse de las comodidades de la vida, y las provisiones de la alforja se concluyen pronto. Afortunadamente hay vendedores ambulantes de comestibles.

La noche es mas penosa de pasar que el dia, porque no todo el mundo puede hallar abrigo. Los cobertizos, los corredores, todo sirve de albergue. Hay quienes duermen debajo de los carros, envueltos en mantas, capas y capotes. Algunos wagoes de la estacion se trasforman momentáneamente en dormitorios. Muchas personas pasan la noche en el carruaje que las traen.

Hé aquí el 6 de octubre. Desde antes de amanecer, los santuarios estaban invadidos por la piadosa muchedumbre, porque desde las doce de la noche se decia misa. En cuanto á la misa pontifical, fué celebrada



A. DEROT

ROMERIA DE LOURDES. — La Gruta.



ROMERÍA DE LOURDES — Hermanos de la Doctrina Cristiana lavando á los impedidos con el agua milagrosa.



ROMERÍA DE LOURDES. — Casa de Bernardette.

por el obispo de Carcasona. El altar se había levantado en la vasta pradera que se extiende á orillas del Gave, entre el camino de Saint-Pé y la gruta. La muchedumbre podía encontrar puesto en ese inmenso espacio, y la configuración del terreno en declive, permitía ver bien la ceremonia.

La elocuencia sagrada no ha faltado en Lourdes. Un monge de semblante ascético, de apostura majestuosa, de palabra vibrante y ademán soberbio, encontró acentos conmovedores para hablar de Roma y del Papa, el Pontífice-rey del universo moral.

La fiesta de las banderas estaba anunciada para las dos de la tarde. Esta procesion se formó en lo que llaman la Plaza Mayor del pueblo, donde no se ve nada digno de notarse, si no es una piedra conmemorativa llamada de la Libertad, y que pertenece á la guerra de 1792. Al lado de esta piedra se ponen en orden los primeros grupos de peregrinos que todos ellos siguen con docilidad las instrucciones de los organizadores de la fiesta.

Hace un tiempo magnífico. Se cuentan más de doscientas banderas ó estandartes. Cada cual se pone al abrigo de la que le conviene, detrás de los delegados especiales para llevarla. Se observa un grupo aparte, que se distingue por su dignidad y buen porte, formado de españoles procedentes de las montañas contiguas de Aragón y Navarra. Estos se colocaron detrás de la bandera de una humilde aldea, la última que se encuentra en la frontera. Traían el traje nacional, que no era por cierto el menos vistoso. La faja encarnada y la manta llamaban la atención de todos. Al ver á aquellos hombres, se comprende que son de una firmeza inquebrantable en sus creencias.

La procesion, despues de haber dejado en la iglesia parroquial los estandartes, desfila entre los curiosos y toma el camino de los venerados santuarios. Los prelados salen á su encuentro, figurando á la cabeza el arzobispo de Auch, con los obispos de Aire y de Tarbes, y siguen los demás obispos, los sacerdotes y los religiosos de todas las órdenes. Se entra en la iglesia sin ninguna confusion, y comienza la recepcion de las banderas, pendones y estandartes. Algunos son muy lujosos y naturalmente son los que miran mas, hasta el momento en que aparecen en el terrado, inundados de sol, los dos estandartes que llevan un largo crespon negro.

Al verlos hubo un movimiento de dolor general, y asomaron lágrimas á todos los ojos. Se observó que temblaban las manos al recibir estos estandartes, en los que se leían estas dos palabras, bordadas con plata sobre fondo negro: ¡METZ! ¡ALSACIA! Ninguna palabra humana podía ser tan tristemente elocuente.

Tambien conmovió entonces el ver al representante de la Gran Cartuja que había entregado el estandarte de su orden á los prelados. Con el rostro inundado de lágrimas contemplaba los enlutados pendones; y en la muchedumbre se decía: « ¡ Es un loreno! » Esta palabra lo explicaba todo.

J. B.

Revista de Paris.

El teatro solicita toda nuestra atencion esta semana.

Hé aquí dos novedades literarias importantes las dos, la una porque se debe á un escritor dramático muy recomendable, la otra porque ha obtenido uno de esos triunfos que hacen época en los fastos del teatro.

Titúlase la primera: *la Boca del Lobo*, comedia en cuatro actos del infortunado Leon Laya que, como saben nuestros lectores, puso fin á sus días hace pocos meses, y en circunstancias que continúan siendo un misterio para la crónica.

El teatro del Gimnasio se las prometía muy felices con la nueva produccion del aplaudido autor del *Duque Job*; veamos hasta qué punto se han realizado sus esperanzas.

La protagonista de la comedia es una jóven llamada Ana, hija de unos comerciantes franceses que nadan en la opulencia y que residen en Inglaterra.

Como todos los advenedizos de nuestros tiempos, los comerciantes en cuestion quisieron ennoblecerse, y no encontraron otro medio mejor que el de sacrificar á su hija casándola con un jóven lord á quien no ama.

Si la familia tenía la ambicion de los pergaminos, el recién casado lo que buscaba era dinero; y por consiguiente, no es de extrañar que el mismo día de sus bodas, satisfechas ya sus aspiraciones pecuniarias, huya del hogar doméstico.

El desenlace de esta boda como hay tantas, no por su demasiada rapidez, deja de ser verosímil y lógico.

Así es que la novia verdaderamente no le encuentra extraño.

Mas aun: como no tiene simpatía ninguna por el jóven lord, quiere aprovechar su fuga para hacer definitivo el rompimiento, obteniendo el divorcio.

Desde luego adivina el lector que esta actitud de la jóven en un lance tan imprevisto y original oculta algun misterio.

Efectivamente, Ana escucha con placer las dulces palabras de un diplomático en ciernes, M. de la Marre, enamorado de ella y que sería el mas feliz de los esposos si la jóven consintiera en darle su mano.

Poco á poco los galanteos y las súplicas van ganando terreno; pero en esto los padres intervienen: de ningun modo consentirán en que su hija se case con un hombre que no pertenece á la nobleza.

Ana no tiene mas remedio que ceder.

En su actual posicion aquel pretendiente tan constante compromete su honra, y es preciso, absolutamente preciso que se aleje.

— Es un sacrificio que os pido, le dice Ana.

Y sobre esta palabra el amante se decide.

— ¿ Hasta cuándo? pregunta conmovido.

— Hasta que yo esté libre, responde la jóven, una vez declarado el divorcio.

Y, sin embargo, es de advertir que no se ha cruzado ninguna declaracion entre los jóvenes, ni han contraido ningun compromiso.

No hemos hablado de un personaje que aparece tambien en este primer acto, y que va á hacerse muy importante en la accion, para exponer con la mayor claridad posible el principio de un drama erizado de episodios que le complican y le oscurecen á cada instante.

Es la principal de sus faltas.

El personaje á que nos referimos es un Don Juan Tenorio, esto es, el prototipo del seductor irresistible.

El autor nos le presenta dotado de todas las cualidades de rigor, lleno de seducciones, hasta el punto que toda mujer lejos de ofenderse con su persecucion, hace gala de ella y se envanece.

En el primer acto no se repara en lord Sewood porque Ana tampoco repara en él; pero llega el segundo, y la jóven nos aparece ya con otro carácter.

No hay duda que el seductor conoce los recursos del papel que desempeña.

Ana se encuentra como en una nueva vida: todo son fiestas en su derredor; de día y de noche sus horas están ocupadas en paseos, carreras, teatros, bailes: no hay deseo suyo por insignificante que pueda ser, que no se realice como por obra de magia.

Entre tanto, naturalmente, sin sentirlo, digámoslo así, se va operando el cambio en su corazon.

En los raros instantes de ocio ó de descanso que la dejan sus diversiones, la vemos meditando, preocupada, como tratando de explicarse á sí misma qué nuevo sentimiento se agita en ella.

Hace poco tiempo lord Sewood era un objeto de burla, y ahora ese nombre la hace estremecer, y su imágen está siempre presente.

La crítica dice que el autor ha acumulado aquí escenas indiferentes para el teatro y que serian preciosos capítulos de novela; pero, á nuestro humilde juicio, todo esto y mas se necesita para justificar una evolucion inexplicable, dado el carácter altanero y firme de la heroina y el antecedente de su amor por el diplomático M. de la Marre.

Sea como quiera, cuando este se presenta de nuevo, mas enamorado que nunca, Ana le recibe con una turbacion que el espectador se explica fácilmente.

A muertos y á idos... dice el proverbio.

M. de la Marre no conoce el proverbio; no conoce mas que su amor imperioso, irresistible; y ante la frialdad de la que considera como su futura esposa, entra en una exaltacion que aclara por fin esta situacion equívoca.

¿ Qué promesa formal ha habido entre los jóvenes?

Ninguna.

Preciso es que el jóven convenga en ello.

— Además ¿ estoy yo libre? pregunta Ana.

No hay mas remedio que retirarse otra vez; y así lo hace el pobre enamorado; pero con el horrible convencimiento de que aquel corazon ya no es suyo.

— ¡ Habré destruido mi felicidad! se dice Ana con una inquietud extrema.

Pero ya la eleccion está hecha: lord Sewood triunfa.

El nombre de Ana pronto podrá añadirse al catálogo de las conquistas de lord Sewood.

No tarda en llegar el remordimiento.

La orgullosa Ana se pregunta con asombro, cómo ha podido olvidarse de lo que se debe á sí misma para inclinarse al amor de aquel hombre.

Ahora que presiente su caída, su presencia la es insostenible, cada palabra suya es un suplicio.

¿ En dónde encontrará un refugio contra el aborrecido seductor?

— ¡ Ah! ¡ mi salvacion es él!... exclama.

Y toma la pluma y escribe á M. de la Marre para decirle que vuelva inmediatamente, que se compadezca de

ella en aquel momento supremo en que todo la causa horror, hasta su vida.

Ya está escrita la carta y á punto de ser enviada á su destino, cuando Ana recibe la que le acaba de dirigir M. de la Marre en la que le anuncia que, obediendo á sus padres, está para contraer matrimonio.

« Vuestros desdenes me han decidido, » añade la carta.

Ya está sola en el mundo. La obra de fascinacion puede completarse. Con efecto, Ana sin amparo contra aquel hombre que domina su corazon, sucumbe.

Es un desvario, una locura que debe hacer amarga su existencia. El odio se despierta en ella terrible cual nunca.

No sabe mas que repetir:

— Os aborrezco, os aborrezco.

Y no comprende cómo aborreciéndole ha podido llegar á ser una mujer culpable.

Aquí hay una escena muy dramática.

Ana y lord Sewood se encuentran solos en un pabellon, adonde llega el anciano tío del seductor.

Lord Sewood forja una fábula: habla de caballos desbocados en el paseo, dice que la jóven se desmayó y adorna su relacion con comentarios que no engañan al tío y que irritan á la jóven hasta el punto de que declara su deshonor con gritos de desesperacion, con sollozos que desgarran su alma.

El anciano calma aquel dolor mandando á su sobrino que se case con la jóven, sin lo cual su maldicion caerá sobre él y su fortuna será para otro.

Llegamos al acto último.

Ana es condesa de Sewood; pero nada mas que de nombre.

Los esposos viven separados, aunque en la misma casa, porque el marido se cree odiado por su mujer y ella se cree despreciada.

Lord Sewood quiere hacer efectiva aquella separacion y entra á despedirse de su esposa, la víspera de su marcha con un cargo diplomático á San Petersburgo.

Pero ¡ ay! el seductor que, como todos los de su especie, se lisonjea para sí de no haber amado nunca, está enamorado hoy, y lo está de su esposa, tanto mas cuanto se figura que jamás podrá vencer el aborrecimiento que ella le tiene.

Sin embargo, su orgullo sella sus labios y se despidió entregando á Ana un anillo, herencia de su madre.

— ¿ Qué anillo es ese? pregunta el anciano tío, radiante de alegría, cuando distingue aquella sortija en el dedo de la jóven.

— Es un recuerdo de lord Sewood.

— ¿ Y no sabeis lo que significa? Pues yo os lo diré: Sewood os ama.

Y la jóven con lágrimas en los ojos, responde:

— ¡ Esposo mio!

Tal es el argumento de esta comedia desarrollada con un talento de observacion y de análisis que si da, en efecto, cierta frialdad á muchas escenas, en cambio interesa y seduce porque nos hace asistir á una lucha de pasiones y sentimientos que necesitan justificarse.

¿ Qué diremos de la actriz que desempeña el papel de protagonista, difícil cual ninguno? Diremos que es Mlle Desclée, para que no se tomen por exagerados los elogios que se merece. M. Leon Laya no se equivocó al confiar á la eminente artista una creacion tan complicada y difícil por la expresion de los encontrados sentimientos que la constituyen y que ella ha sabido caracterizar hasta el punto de convertirla en una obra maestra. M. Pujol se muestra tambien inimitable en el papel de lord Sewood.

Pasemos ahora al teatro del Ambigu, donde se representa un nuevo drama en cinco actos, titulado: *el Centenario*, obra de M. Ad. d'Ennery y de M. Eduardo Plouvier, que ha obtenido un éxito extraordinario, como apuntamos al principio de esta revista.

Con efecto, ha sido un verdadero triunfo, y Paris, el Paris elegante que rara vez se extravía en esos teatros excéntricos, donde en vez de los aristocráticos aromas de Guerlain circula en el ambiente el olor trascendental de la naranja, se disputa ya los palcos del Ambigu como si se tratara de la Opera ó de los Italianos.

Y es que, á la verdad, *el Centenario* es un drama en toda la extension de la palabra, con caracteres bien delineados como el del protagonista, con situaciones de gran efecto, en suma, con todos los atractivos propios de un género que si ha caído mucho, es seguramente por culpa de los autores, que han perdido la tradicion de esta clase de producciones.

Lo difícil es explicar brevemente tan intrincado argumento, por lo cual nos concretaremos á señalar los puntos principales.

La base del drama es una historia de seduccion que sabemos desde las primeras escenas y en cuyo derredor se ágrupan con creciente interés todos los episodios de la fábula.

La jóven Julia Duprat, casada con un marino obligado á ausentarse con frecuencia del domicilio conyugal, ha sido víctima de un seductor vulgar que personifica el tipo de odiosidad inevitable en el género melodramático.

El esposo de la infortunada Julia está para llegar de un momento á otro, y ella debe ocultarse.

Preciso es que descubra el secreto de su deshonra.

¿Y á quién? A su hermana Camila que se halla á punto de contraer matrimonio con Renato de Alby, á quien ama entrañablemente y que se conceptúa el hombre mas dichoso obteniendo su mano.

Efectivamente, Camila se sacrifica por salvar á su hermana y huye del domicilio paterno, contando justificarse á su vuelta.

Pasan quince días y Camila sigue ausente.

Camila, la nieta preferida del centenario, ha sabido engañarle así como á su prometido, fingiendo una visita á una tía que vive en Caen; pero el anciano se desespera con aquella ausencia, y el médico declara que á tan avanzada edad, la menor contrariedad puede poner término á su vida.

En esto llega de improviso el marido de Julia, y pregunta por Camila: el centenario exasperado responde, que le ocultan algun misterio horrible, que sin duda Camila ha muerto.

Por fin llega la jóven y el anciano la exige severamente que explique su ausencia.

¿Cómo la explicará sin descubrir el secreto de su hermana?

Es imposible que hable aunque incurra en la maldición de su padre. Afortunadamente su prometido esposo interviene, la defiende de toda sospecha é impone silencio á todas las suposiciones.

Maugard, el seductor de Julia, ha concebido un plan infame.

Quiere casarse con Camila que será la principal heredera del centenario, y si ella no accede, publicará la deshonra de su hermana.

De repente anuncian á la familia que una nodriza devuelve á su madre una criatura enferma, en peligro de muerte.

Es el hijo de Julia.

Camila, por un arranque que completa su heroico sacrificio, dice que ella es la madre.

El centenario pregunta quién es el seductor, y este se nombra, y Camila, en presencia de todos los suyos, corrobora la declaración del malvado.

Todo el mundo huye de la jóven, excepto el centenario que la profesa un cariño inextinguible.

Una idea confunde al pobre anciano.

¿Cómo Camila ha podido amar á aquel hombre con quien no quiere casarse?

¿No le ha dicho en su cara que prefería la afrenta de haber sido su víctima, al oprobio de ser su esposa?

El anciano comprende al fin; no, su amada Camila no es culpable.

Y grita llamando á todos para decirles que la jóven es inocente, que no es ella la madre de la criatura que acaba de morir.

A esta última palabra Julia se descubre y su marido se dispone á herirla; pero el centenario interviene, y gracias á su mediación perdona, tanto mas cuanto Renato acaba de dar muerte al seductor infame.

Tales son las líneas esenciales del cuadro.

Nada falta en él, ni accion, ni intriga, ni interés; las escenas se suceden perfectamente enlazadas y todas ellas contribuyen á formar un conjunto digno de aplauso.

En la ejecucion se distinguen principalmente Lafont en el papel de protagonista y Mlle Jane Essler con sus apasionados arranques.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

ALICIO, LISARDO Y EL POETA.

ALICIO.

¿Por qué tristeza en derredor encuentro
Si antes placer en derredor hallaba?
La cristalina fuente
El nombre de mi amante murmuraba,
Y al mecer dulcemente,
La juguetona brisa,
Las del prado galanas, bellas flores,
Tambien gozosa murmuraba Elisa.

Elisa... ¿Dónde estás? en vano busco
Una voz que responda á mis amores;

En vano de tu paso
Quiero encontrar las huellas;
¿Dónde estás? Solo el eco me responde
Repitiendo á lo lejos mis querellas.

¿Tienes el corazon duro, insensible,
Que no te mueve á compasion mi acento?
¿No en tu pecho se esconde,
Para el que sufre por tu causa y llora,
El dulce sentimiento?
¡Ay! desgraciado del que ciego adora,
Y á distinguir no alcanza
En su infelice amor una esperanza.

LISARDO.

¿Lloras amor sin esperanza, Alicia?
¿Cuán dichoso eres tú! Si comprendieras
El dolor, el tormento
Que mi pecho destroza,
Compasion á tu amigo le tuvieras.

Sin pena, sin cuidado,
Al despuntar el dia, de mi choza
Salía conduciendo mi ganado:
Y aquí, á la sombra del florido roble
Esperaba impaciente
La llegada de Laura;
Yo á su encuentro corria,
Y al estrecharla en mis amantes brazos
La diosa de las selvas la creía.

Juntos los dos sobre la verde alfombra
Mirábamos las aguas deslizarse
Entre pintadas flores;
Y sobre el árbol que nos daba sombra,
Mil y mil ruiseñores
Cantaban á la par nuestros amores.
Blancos lirios y bellas amapolas
Cubiertas de rocío,
Arrancaba gozoso
Para ofrecerlas luego al ángel mio;
Las guardaba en la falda,
Mientras que yo amoroso
Enlazaba las flores una á una,
Y despues de tejida la guirnalda,
Con júbilo inocente,
Bendiciendo mi plácida fortuna
Coronaba su frente.

¿Quién me dijera, oh Dios, que placer tanto
Iba mis ojos á inundar de llanto!

Un dia inútilmente,
Alicio, esperé á Laura;
Y sentado en el suelo
Llorando como un niño,
Escuché indiferente
Los suspiros tristísimos del aura,
Las notas de dolor del arroyuelo,
Y el rumor de la fuente
Que antes desde la aurora
El nombre de mi amada repetía,
Y entonces le callaba,
O si acaso su nombre murmuraba,
Maldecir á mi Laura parecía.

Así pasó una hora y otra hora,
Así se marchó el dia,
Y al despertar de sueño tan horrible
La dura realidad juzgué increíble;
Mas al tocarla luego
Sentí que me faltaba ya el juicio,
Y devoraba el pecho extraño fuego;
Y con tanto sufrir, con dolor tanto,
A mi pesar, Alicia,
Sentí á mis ojos agolparse el llanto.

Ingrata, ingrata fué; por otro amante
Dejó sin luz mi vida.
¿Quién como yo la adarará constante?

ALICIO.

Pero amaste, Lisardo, y fuiste amado.
¡Ay del que su esperanza ve perdida!

Yo una vez y otra vez, enamorado
Al son del triplecillo,
Dedicaba mil versos á mi Elisa;
Ella escuchaba mi cantar sencillo,
Y mis versos pagaba
Mostrándome en sus labios la sonrisa.

Éramos niños: los cercanos bosques
Juntos los dos corrimos;
Juntos á la ligera mariposa
En la verde campiña perseguimos,
Y despues fatigada
La veía caer sobre la yerba,
De correr ya cansada,
Mientras que sus megillas
Robaban á la rosa
Su color encendido
Y estaba en su descuido,
¡Tan hermosa, Lisardo, tan hermosa!...

Balaban al mirarla mis ovejas
Como si comprendiesen
Cuanto mi corazon la distinguía;
Y al verlas mis palomas
Cuando de sus quehaceres
Por la tarde volvía,
Volaban á su encuentro,
Para comerse el grano,
Que en su pequeña mano
Mi Elisa les traía.

Cuando la primavera
A cubrir empezaba la pradera
De rosas y de nardos,
Yo con igual cariño
Cuidaba de sus flores los capullos,
Y abiertos los primeros
Con el dulce placer de tierno niño
A mi Elisa gentil los ofrecía,
Que prestaba con ellos
Un encanto mayor á sus cabellos.

¡Ay! ¿cómo recordar aquellas horas
De goces que he perdido,
Sin que dolor agudo me atormente
Y lllore triste el corazon herido?

Amé, Lisardo... y ojalá que nunca
A decirle llegara
El que en mi pecho ardía lento fuego;
Que mi Elisa insensible,
Ni oyó mi acento ni escuchó mi ruego.

Dijo que no me amaba; y sus palabras
Cual punzantes abrojos
Claváronse en mi pecho,
Sentí mi corazon pedazos hecho
É inundaron las lágrimas mis ojos.

POETA.

Así, Alicia y Lisardo
Se lamentaban de su triste suerte,
Mientras que trinos amorosos, suaves,
Que divinal contento parecía,
Saludaban las aves
A las pintadas flores
Y á la fulgente luz del nuevo dia;
Y la historia infeliz de dos pastores
El murmurante Yáguce repetía.

MANUEL MARÍA SAMA.

EL CORREO DE ULTRAMAR



ROMERIA DE LOURDES. — El camino de la Gruta.

Cuentos de Hoffmann.

EL VIOLIN DE CREMONA.

(Continuacion. — Véase el número 1,033).

Al fin llegó Angela á Alemania, y obtuvo como *prima donna* grande éxito en el teatro de F. Ya no era jóven, pero su canto tenia un atractivo irresistible, pues su voz no habia perdido nada de su timbre. Antonia habia crecido, y su madre no se cansaba de escribir al consejero que su hija llegaría á ser una cantatriz de primer orden.

Un día los amigos de Crespel le dijeron que dos cantantes célebres acababan de llegar á F... y que fuera inmediatamente á dicha ciudad para oírlas. Estaban ellos lejos de imaginarse los estrechos lazos que le unian con aquella pareja.

El consejero lo sospechó, y aunque tenia el mas ardiente deseo de ver á su hija, sin embargo, al acordarse de su mujer, se apoderaba de él una profunda tristeza, por lo que se quedó en su casa en medio de sus rotos violines.

Un jóven compositor muy conocido se enamoró locamente de Antonia, y esta correspondió á su pasión: Angela no veía ningún obstáculo á semejante unión, y el consejero la aprobó con tanta mas facilidad, cuanto que las obras del jóven artista habian sido bien juzgadas en su severo tribunal.

Crespel esperaba á cada instante la noticia de haberse celebrado este enlace; pero en vez de esta agradable nueva recibió una carta con sello negro y letra desconocida, en la que el doctor R... decia al consejero que por la noche, al salir del teatro, Angela se habia constipado, muriendo de sus resultas la víspera del día señalado para el casamiento de Antonia; que Angela habia declarado al doctor ser la mujer de Crespel, y que le confiaba la suerte de su hija.

El mismo día salió el consejero para F... No puedo expresar la manera desgarradora con que Crespel me habló del momento en que vió por primera vez á su hija: habia en la misma extravagancia de sus expresiones una vehemencia que yo no puedo expresar.

Antonia estaba dotada de todas las gracias y amabilidad de su madre, sin tener ninguno de sus defectos. Cuando llegó Crespel, el novio estaba sentado junto á ella, y Antonia, conociendo el genio particular de su padre, se puso á cantar un *pensamiento* del padre Martini, que Angela cantaba sin cesar delante de él en la época de sus amores.

Crespel derramó un torrente de lágrimas: jamás la voz de Angela habia vibrado con tanta fuerza en su oído. El canto de Antonia era de una naturaleza singular: ya se parecía á los suspiros del arpa eólica, ya á los trinos del ruiseñor.

Cualquiera hubiera dicho que los sonidos exhalados por ella no podian salir de un pecho humano. Antonia, exaltada con el amor y la alegría, cantaba sus canciones favoritas, mientras que su novio la acompañaba lleno de ardiente entusiasmo, y su padre se arrebataba en un éxtasis embriagador.

De repente se quedó pensativo y silencioso, y arrojándose en brazos de Antonia la estrechó contra su corazón, exclamando con voz ahogada:

— Hija mía, si me amas, no cantes mas. Tu canto me desgarró el corazón; un ánsia horrorosa me embarga. ¡Por Dios, no cantes mas!

Luego dijo al doctor R...:

— No, mientras ella cantaba he observado dos manchas rojas en sus mejillas, y he conocido que no era simplemente una señal de familia, sino una marca temible.

El doctor, cuyo semblante se cubrió de tristeza al escuchar al consejero, le contestó:

— Puede ser, en efecto, que de resultas de un grande esfuerzo ó por un defecto de organización tenga Antonia en el pecho un vicio que dé precisamente á su voz esa fuerza maravillosa y esa vibración tan sonora como sobrenatural. Esa facultad ha de ser la causa de su muerte, y si sigue cantando no le doy seis meses de vida.

Esta opinion del doctor traspasó como una flecha envenenada el corazón del consejero, pues imaginóse ver un árbol frondoso cubierto por la vez primera de fruto y condenado á no volver á florecer jamás, á ser arrancado de raíz.

Crespel tomó al punto una resolución. Manifestó á Antonia todos sus temores, y le preguntó si prefería seguir á su novio y abandonarse á las seducciones del mundo para sucumbir en breve, á seguir á su anciano padre y á proporcionarle un consuelo en su vejez, una alegría indefinible y desconocida para él.

Antonia se arrojó sollozando en sus brazos, y el consejero comprendió muy bien la intensidad de su dolor. Dirigióse en seguida al novio de su hija, y aunque este le aseguró que jamás la haría cantar, el consejero se hizo cargo de que era sumamente difícil que el jóven músico resistiese á la tentación de oír de los labios de Antonia las piezas que él compusiera. Crespel desapareció pues con Antonia, y se retiró á H... El amante, desesperado por ese brusco viaje, si-

guió sus huellas, y llegó al mismo tiempo que ellos á su retiro.

— ¡Quiero verle otra vez y despues morir! murmuraba Antonia con voz lastimera.

— ¡Morir! ¡morir! exclamaba Crespel con furor.

Y un frío glacial se apoderó de su corazón. El vió á su hija, á aquel ser adorado y único para él en el mundo, aquel ser que le habia revelado una felicidad ignorada y reconciliado con la existencia, como queriéndose desviar de su cariño, y quiso entonces someterse á una cruelísima prueba.

El amante se sentó al piano, Antonia empezó á cantar, y Crespel á tocar con el mayor placer el violin, hasta que vió aparecer dos manchas rojas sobre las mejillas de la jóven; en aquel momento hizo cesar el concierto, y al despedirse el músico de Antonia cayó esta desplomada sobre un sillón, lanzando un grito horroroso.

— Creí, me dijo Crespel, que habia muerto, que era verdaderamente cadáver, como lo habia previsto; pero como yo me hallaba resignado á presenciar la mas espantosa catástrofe, permanecí sereno é impassible. Cogi con la mayor suavidad posible al músico por los hombros, y le dije: « Puesto que os habeis complacido, mi dignísimo compositor y pianista, en asesinar á vuestra novia, idos en paz adonde tengais por conveniente, á menos que prefirais quedaros aqui hasta que yo hunda este cuchillo de caza en vuestro corazón, á fin de colorear con vuestra sangre el pálido rostro de mi hija. Idos, pues, cuanto antes, porque no respondo de mí. » Mis palabras debieron en aquel momento ser pronunciadas con acento terrible. El se fué volando y atravesó saltando la escalera.

Cuando ya estuvo lejos, Antonia, que reposaba sin sentido en el entarimado, abrió con trabajo los ojos, y pareció que la muerte queria volver á cerrarlos al punto. Crespel arrojó un grito de desolacion.

El médico, á quien habia ido á buscar la vieja ama de gobierno, declaró que el estado de Antonia era grave, pero sin peligro, y con efecto, ella se restableció mucho antes de lo que el consejero se atrevia á esperar.

Desde aquel día ella manifestó por su padre una ternura extremada, aprobando todos sus deseos y hasta sus extravagancias, y por último fabrica con él violines y los desmonta tambien.

— Yo no quiero cantar mas, le decia ella frecuentemente riendo; quiero vivir para tí.

Y se resistía á cuantos ruegos se le hacian para oír la melodía de su voz, ruegos que el consejero procuraba evitarle á todo trance. A duras penas la presentaba en alguna sociedad, y sobre todo huía con terror de todo concierto, porque comprendia perfectamente cuánto le costaba á Antonia renunciar al arte en el que habia conseguido llegar á tan alto grado de perfeccion.

Cuando Crespel compró el admirable violin que enterró con ella, y que trataba de deshacer como los demás, Antonia le miró con aire de sentimiento, y le dijo:

— ¡Cómo! ¿Tambien vais á destruir ese?...

El consejero mismo sentia que un poder misterioso le prohibia desmontar aquel instrumento, arrastrándole á tocarlo. Apenas el arco de Crespel acarició sus cuerdas, cuando Antonia exclamó con acento de alegría:

— ¡Sí, me reconozco, he vuelto á cantar!

En efecto, los limpios y argentinos sonidos del violin parecian salir de un pecho humano. Crespel, profundamente conmovido, tocó con mas expresion que nunca, y al recorrer con valentía y entusiasmo las mas difíciles escalas, Antonia aplaudia, diendo enagenada:

— ¡Ah! ¡Qué bien canto! ¡qué bien canto!

Desde este día la calma y la alegría renacieron de nuevo en su corazón, y á menudo decia al consejero:

— Padre mio, tengo gana de cantar algo.

Crespel descolgaba el violin de la pared, tocaba las piezas favoritas de su hija, cuyo pecho se dilatava de placer.

Poco antes de mi vuelta á R... una noche el consejero creyó oír en un cuarto inmediato la música de un piano, y no tardó en reconocer distintamente el prelude acostumbrado por el jóven músico; quiso levantarse, pero se sintió como oprimido por lazos de acero, y no pudo moverse.

A poco reconoció la voz de Antonia, que empezaba exhalándose como un ligero soplo, y que concluía subiendo por grados hasta el *fortissimo* mas sonoro; despues oyó los ecos de una melodía arrebatadora que el novio habia compuesto para Antonia en el estilo religioso de los antiguos maestros.

Crespel me dijo que en aquel momento se hallaba entregado á una agitacion espantosa, sintiendo una cruel ansiedad mezclada con la mas ideal voluptuosidad.

De repente hiere su vista una luz deslumbradora, y distingue al músico y á Antonia, que abrazados se miraban con transporte. La melodía continuaba, aunque Antonia habia suspendido su canto, y su amante no pulsaba ya las teclas de su piano.

El consejero se desmayó, y al volver en sí sintió de nuevo la angustia horrorosa que antes habia experimentado como entre sueños; se dirigió precipitadamente hácia el cuarto de Antonia, á la que encontró sobre un canapé con los ojos cerrados, la sonrisa en los labios y las manos cruzadas. ¡Parecia hallarse dormida y arrullada por un sueño divino!...

¡Estaba muerta!

Marino Faliero.

I.

Hace mucho tiempo, si mal no recuerdo, en el mes de agosto de 1334, el bravo almirante genovés Paganino Doria, batió á los venecianos y se apoderó de Parenzo.

Sus bien armadas galeras recorrian por todas partes el golfo de Venecia, como aves de rapiña hambrientas que buscan en su voracidad alguna víctima.

El pueblo y la señoría de Venecia estaban aterrados. Todos los hombres útiles para el servicio empuñaban la espada ó el remo; las tropas se reunian en el puerto de San Nicolás, y para defender la entrada de la bahía se emplearon buques, árboles y cadenas de hierro.

Mientras que el estruendo de las armas resonaba entre la multitud, veíase sobre Rialto á los agentes de la señoría con el rostro alterado y la frente bañada en sudor, ofreciendo un interés crecido por el dinero, porque la República se hallaba en grande escasez.

Precisamente en esta época de peligro y apuros, la Providencia, en sus secretos impenetrables, acababa de robar al afligido pueblo al jefe del Estado, al dux Andrés Dandolo, llamado por el pueblo su *querido condesito*, el cual habia sucumbido bajo el peso de sus sinsabores.

Era aquel un hombre de bondad extremada, que no habia atravesado jamás la plaza de San Marcos sin auxiliar con sus consejos ó su bolsillo al que necesitaba cualquiera de ambas cosas.

Así que el doblegar de las campanas de las iglesias anunció su muerte, Venecia se llenó de afliccion, porque perdía en él á su apoyo, á su esperanza, y no le quedaba ya mas remedio que humillar la cerviz bajo el yugo del genovés.

Hé aquí la opinion general, y sin embargo la falta de Dandolo para las operaciones militares no era tan gran calamidad. El buen *condesito* vivía á gusto en medio de la paz y del reposo: prefería seguir el curso misterioso de los astros que los problemáticos giros de la política, y entendia mucho mas de dirigir una procesion en día de Pascua, que hacer maniobrar un ejército; por tanto, era menester elegir un dux que reuniendo al valor del soldado la prudencia del hombre de Estado, pudiese salvar á Venecia de los desastres que la amenazaban; reuniéronse los senadores, y en sus rostros se veían pintados el abatimiento y la tristeza.

Mas ¿dónde encontrar un hombre bastante fuerte, que apoderándose del timón del Estado le supiese imprimir una marcha firme é inteligente?

El anciano senador Mariano Bodoeri tomó la palabra en estos términos:

— El hombre que buscáis no le encontrareis aquí: volved la vista hácia Avignon, y acordaos de Marino Faliero, á quien hemos enviado allí para cumplimentar al papa Inocencio; ese solo puede salvarnos si le nombramos dux. Me objetareis que Marino Faliero tiene ya ochenta años, que su pelo y su barba han encañecido, que su rostro alegre, su ojo brillante y el color rubicundo de su nariz y de sus mejillas atestiguan mas bien el calor del vino de Chipre que la fuerza de su inteligencia; mas no hagais caso de eso. Acordaos del valor temerario que mostró Marino Faliero como *provedor* (1) de la flota del mar Negro; acordaos de aquellos servicios por los cuales los procuradores de San Marcos le donaron el condado de Valdemarino.

Bodoeri demostró con tanto talento el mérito de Faliero, destruyendo todas las objeciones, que los senadores acordaron su eleccion. Algunos, sin embargo, hablaban todavía de la impetuosidad de Faliero, de su ambicion y de su carácter tenaz; mas á esto se respondió que aquellos eran defectos de la juventud que la edad habia borrado. Los que hubieran querido persistir en la oposicion fueron subyugados por las aclamaciones del pueblo, que acogió con entusiasmo la eleccion del nuevo dux.

¿Pero no es cierto que en los momentos de crisis, en los tiempos de desorden, toda resolucion puede ser considerada como una inspiracion del cielo?

El buen condesito Dandolo, con su devocion y su dulzura, no tardó en verse olvidado. Todo el mundo decia:

— ¡Por San Marcos! ese Marino hace mucho tiempo que debia ser nuestro dux, y el orgulloso Doria no se nos vendria encima.

Los soldados alzaban sus brazos mutilados, exclamando:

— Faliero es quien batió á Morb-Hasan, el valiente general, cuyo pabellon dominaba el mar Negro.

Por todas partes donde se hallaba el pueblo reunido se oian cantar hazañas de Faliero: el aire se llenaba con los gritos de alegría, como si Doria hubiese sido ya derrotado. Sucedió además que Nicolás Pizani, despues de haberse dirigido á Cerdeña, volvió sin encontrarse con la flota de Doria, que habia desaparecido del golfo.

(1) Nombre dado á ciertos oficiales de la señoría de Venecia: en italiano *provedori*.

Esta retirada, debida solamente á la aproximacion de Pizani, se atribuyó á la terrible influencia del nombre de Faliero. El pueblo y la señoría experimentaron entonces una alegría sin límites, y resolvieron recibir al dux con una pompa extraordinaria, como si fuese el enviado del cielo.

Doce caballeros con un séquito numeroso y brillante partieron á Liorna para esperar allí á Faliero y anunciarle solemnemente su eleccion. Quince barcas del Estado, ricamente empavesadas, al mando de Tadeo de Giustiniani, hijo del *Podestá* de Chioggia, fueron á Chiozzo á buscar al dux y á su comitiva, trayéndole en triunfo como á un poderoso monarca á San Clemente, donde le esperaba el *Bucentauro*.

La tarde del 3 de octubre, á la puesta del sol, en el momento en que Marino Faliero se disponía á entrar á bordo del *Bucentauro*, un pobre infeliz estaba tendido sobre la grada de mármol que hay frente la columna de la Dogana.

Su cuerpo demacrado estaba cubierto con algunos harapos de tela rayada, de color indefinible, que al parecer habian formado parte de un traje de marinero, como lo usa la gente de aquel país. Por entre aquellos harapos asomaba un cútis tan delicado y tan blanco, de que se hubiera envanecido el mas apuesto elegante. Su flaqueza y extenuacion hacia resaltar la justa proporcion de sus miembros, y al mirar sus cabellos color castaño claro que caian en desórden sobre su hermosa frente, al mirar sus rasgados ojos azules amortiguados por la miseria, su nariz aguileña y sus labios delicadamente delgados, se adivinaba que aquel desgraciado, que apenas contaba veinte años, habia sido arrojado por el destino cruel desde una elevada clase á las mas abyectas del pueblo.

Tendido sobre el peristilo de la Dogana, descansando la cabeza sobre el brazo derecho, inmóvil y silencioso, con la mirada fija en el mar, se le hubiera tomado por un difunto si de cuando en cuando no hubiera exhalado un suspiro profundo y doloroso, causado sin duda por el dolor de su brazo izquierdo, que tenia tendido sobre el pavimento, envuelto en harapos ensangrentados y al parecer con una gran herida.

Todos los trabajos habian cesado; en ningun taller se oia el menor ruido: Venecia en masa corria al encuentro de Faliero en miles de barcas y góndolas. Entre tanto aquel pobre desgraciado estaba solo con su miseria, y en el momento en que su cabeza débil caía sobre el mármol, efecto del desmayo, una voz agria y lastimera gritó:

— ¡Antonio, mi querido Antonio!

El jóven se incorporó con trabajo, y volviendo la cabeza hacia el lado de las columnas de donde habia salido la voz, dijo con tono débil y casi imperceptible:

— ¿Quién está ahí? ¿Quién me llama? ¿Qué ser caritativo viene á apoderarse de mi cuerpo para arrojarlo al mar, pues muy pronto habré dejado de existir?

Una viejecilla se acercó entonces tosiendo al desgraciado, y habiéndole mirado algunos instantes, le dijo sonriendo:

— ¡Qué locura! ¿Quieres morir aquí mientras el sol de la dicha está naciendo para tí ahora? Mira allá abajo aquellos rayos de luz, allí hay cequíes que ganar; pero antes es menester comer y beber, querido, porque es la necesidad quien te tiene postrado en el duro suelo: tu brazo ya está curado, sí, curado.

Antonio reconoció en aquella viejecilla á una pobre que tenia por costumbre al implorar la caridad de los transeuntes el hacerlo riendo y bromeando, y á la cual él habia socorrido por un impulso inexplicable con un *quatrino* ganado á fuerza de trabajo.

— ¡Déjame en paz! respondió él. Sí, el hambre me atormenta mas que mi herida: hace tres dias que no he ganado nada: queria ir á un convento para que me dieran algunas cucharadas de la sopa que suministran á los enfermos; pero todos mis compañeros se han ido, y ninguno ha tenido la caridad de embarcarme en su góndola, por lo cual he caido desfallecido en este sitio, del cual no volveré probablemente á levantarme.

— ¡Ah, ah! dijo la vieja riendo. ¿Por qué dudas y te desesperas tan pronto? Tienes sed y hambre y yo voy á remediarte. Ahí tienes pescados secos, comprados hoy en Zecca: tambien te ofrezco limonada y un panecillo blanco. Come y bebe, hijo mio, y despues veremos el brazo.

La vieja sacó todas esas provisiones de un saquillo que llevaba á sus espaldas como una especie de capucha, y apenas Antonio refrescó sus ardientes labios con la limonada, sintió despertarse el hambre, y devoró con placer los alimentos que se le ofrecian. Entre tanto la vieja descubria el brazo, cuya herida vio que era grave, pero ya en estado de curacion; aplicó sobre ella un unguento que reblandeció calentándolo con su aliento, y le dijo:

— ¿Quién te ha dado, hijo mio, un golpe tan fuerte? Antonio, recobradas ya sus fuerzas, se levantó con el puño cerrado, gritando:

— ¡Ah! fué Nicolás, aquel bribon que queria matarme porque tenia envidia de un miserable *quatrino*, que una mano bienhechora me habia dado. Vieja, tú no ignoras que yo ganaba con trabajo mi sustento, acarreado fardos al almacen aleman en el Fontego.

— ¿En el Fontego? repitió la vieja soltando una histérica carcajada; ¿en el Fontego?

— Cállate, si quieres que continúe mi relacion, exclamó Antonio colérico. Yo habia ganado bastante dinero para comprarme un vestido nuevo, me hallaba muy bien equipado y entré en el gremio de los gon-

doleros. Como siempre estaba de buen humor y trabajaba cantando canciones bonitas, ganaba mas que los otros y excitaba sus celos, por lo cual me calumniaron ante mi amo, quien me despidió. Desde aquel dia me persiguieron por todas partes, llamándome maldito hereje y perro aleman, y habrá como tres dias que me atacaron á pedradas mientras yo ayudaba á barar una barca en la playa. Defendime con valor, pero el infame Nicolás me dió con el remo magullándome el brazo y dejándome tendido en el suelo. Ahora, anciana, tú me has vuelto las fuerzas, y conozco que tu unguento obra maravillosamente sobre mi herida: mira cómo nuevo ya el brazo, tanto que voy á remar de nuevo con vigor.

Al decir esto, estaba Antonio ya en pié, moviendo su brazo en todas direcciones: la vieja reia, diciendo:

— Rema, rema, que el dinero está ya brillando: rema otra vez, y despues no volverás á remar.

Antonio no comprendió el sentido de las palabras de la vieja, porque se ofrecia entonces á su vista un hermoso espectáculo. Veia llegar al *Bucentauro* con el leon adriático en su pabellon, el cual habia salido de las mismas puertas de la iglesia de San Clemente bogando á todo remo, como un cisne majestuoso en medio de las infinitas góndolas que lo rodeaban y levantaban su soberbia cabeza en ademan de mandar á aquella multitud de embarcaciones que surcaban las olas en todas direcciones.

El sol de la tarde bañaba á Venecia y esparcia sus rayos sobre el mar, y todo el horizonte parecia inflamado. Mientras que Antonio, olvidando su dolor, contemplaba enajenado este admirable punto de vista, se oyó en los aires un ruido sordo que resonó en las lejanas olas: la tempestad se presentaba en negras nubes, que amenazaban envolverlo todo en las tinieblas, y mientras las ondas se enrespaban espumosas y mugiendo con furia; en un instante las barcas y las góndolas se dispersaron por el golfo como leves plumas.

El *Bucentauro*, incapaz por su construccion de resistir á la tempestad, flotaba acá y acullá, y en vez de gritos de alegría y el eco de las trompetas y clarines, solo se oian suspiros y gemidos.

Antonio distingue en aquel crítico momento una pequeña lancha, amarrada al malecon, que se mecía en las olas. De repente se le ocurre una idea; salta en la lancha, se apodera de los remos y se dirige valerosamente al *Bucentauro*: á medida que se iba acercando oia cada vez con mas claridad este grito de dolor:

— ¡Salvad al dux! ¡Salvad al dux!

Sabido es que durante una tempestad los ligeros botes de los pescadores surcan con mas seguridad el golfo de Venecia que las grandes embarcaciones. De todas partes salieron una multitud de gondoleros para salvar á Marino Faliero; pero el cielo reservaba esta dicha al pobre Antonio, el cual fué el único que con su leve embarcacion consiguió atracar al *Bucentauro*.

El viejo Marino, muy acostumbrado á semejantes peligros, saltó sin vacilar en la góndola de Antonio, quien bogando con una celeridad increíble, le condujo en pocos momentos á la plaza de San Márcos. El dux, con el vestido y la barba mojados, entró en la iglesia donde debia terminarse la ceremonia. El pueblo y el Senado, sumamente afectados con este suceso, consideraron tambien como un siniestro presagio el que el anciano hubiese pasado equivocadamente por entre las dos columnas, lugar donde se acostumbraba ajusticiar á los criminales, y este dia, que empezó con tanto júbilo, acabó lleno de tristeza.

Parecia que nadie se acordaba del libertador del dux, y hasta el mismo Antonio le habia olvidado, pues rendido por la fatiga y el dolor, cayó medio desmayado en el pórtico del palacio ducal.

¡Cuál fué, sin embargo, su sorpresa cuando uno de los guardias del dux vino á buscarle y á acompañarle á la cámara del anciano jefe del Estado! Faliero se adelantó hácia él con ademan bondadoso, y señalándole dos saquitos que habia sobre una mesa, le dijo:

— Hijo mio: te has portado como un valiente; ahí tienes, pues, tres mil cequíes; si te parece poco, pide cuanto quieras, pero hazme el favor de no volver á presentarte á mis ojos.

Á estas palabras brillaron los del anciano, y su rostro se tiñó de carmin. Antonio, sin comprender lo que significaban las palabras del dux, cogió los dos saquillos de oro, que creia muy bien ganados, y se retiró.

Al dia siguiente, Faliero contemplaba en medio de la pompa de su nueva dignidad, desde el balcon de su palacio, al pueblo que se entregaba tumultuosamente á diversos ejercicios. Bodoeri, su amigo íntimo y compañero de la infancia, se aproximó á él, y al notar que el dux, al parecer, no habia reparado en su llegada, le dijo sonriendo:

— ¡Ah! Faliero, ¿qué alta idea bulle en tu cabeza?

Faliero, volviendo en sí como de un sueño, se acercó á Bodoeri esforzándose por tomar un aire de cordialidad: conoció que era deudor á su amigo de su nueva dignidad, y como no podia alejarle de sí como al pobre Antonio, murmuró algunas palabras de agradecimiento y empezó á hablar en seguida de las medidas que pensaba adoptar para resistir á los enemigos de Venecia.

Bodoeri le escuchó sonriéndose.

— Ya deliberaremos en el consejo, le dijo, sobre lo que el Estado espera de tí. No he venido tan pronto á

tratar contigo de los medios de batir al atrevido Doria, ó de reducir á la razon á Luis de Hungría, que vuelve á mirar con envidia y á codiciar nuestros puertos de la Dalmacia. No, Marino; no pienso mas que en tu matrimonio.

— ¿Es posible que te ocupes de semejante idea? contestó el dux con disgusto y tendiendo una mirada por la ventana. Todavía falta bastante para el dia de la Ascension: para entonces, espero que el enemigo habrá sido ya vencido; el leon del Adriático habrá alcanzado nuevos laureles, mayor poderio, y la cuarta novia del dux encontrará á su prometido digno de ella.

— ¡Ah! exclamó Bodoeri con impaciencia; tú hablas de esa solemnidad de la Ascension en que debes contraer matrimonio con el Adriático, arrojando un anillo en sus ondas. ¿No puedes tener otra novia, á mas de ese elemento frio, húmedo y falaz que ayer mismo amenazó tu existencia? Yo creo que debes casarte con una hija de la tierra, la mas hermosa que pueda hallarse.

— Tú sueñas, murmuró Faliero sin volver la cabeza; tú sueñas, querido amigo; ¿cómo quieres que se case un viejo de ochenta años, agobiado de fatigas y trabajos, que ha permanecido siempre célibe y que apenas se encuentra en estado de amar?

— ¡Basta! exclamó Bodoeri; no te calumnies á tí mismo; dices que tienes ochenta años, y es cierto; pero no calcules tu vejez por el número de ellos; ¿no llevas todavía erguida la cabeza, y no marchas todavía con un pié tan firme como hace cuarenta años? ¿has tenido necesidad de aligerar el peso de tu espada, y te cuesta trabajo el subir la escalera de tu palacio?

— ¡No, vive el cielo! exclamó Faliero; no siento los achaques de la edad.

— Pues bien, replicó Bodoeri; goza por lo mismo de todos los bienes que te sean licitos, y eleva al rango de esposa del dux á la jóven que he escogido para tí, y las mujeres se verán obligadas á reconocer que es la primera por su virtud y belleza, de la misma manera que los hombres te reconocen como el primero por tu valor é inteligencia.

Bodoeri le hizo entonces el retrato de la jóven en cuestion, y la pintó con colores tan vivos y seductores, que Faliero impaciente le preguntó dónde se hallaba un ser tan perfecto.

— Esa mujer, respondió Bodoeri, es mi sobrina.

— ¿Cómo? repuso el dux; ¿quieres que me case con tu sobrina? ¿No era la esposa de Bertuccio Nenolo cuando yo era podestá de Treviso?

— Tú hablas de mi sobrina Francisca, cuando yo me refiero ya á su hija. Bien sabes que Nenolo pereció en un combate naval. Francisca, llena de dolor, se retiró á un convento y me confió á su hija Anunciacion, á la cual he hecho educar en un retiro profundo cerca de Treviso.

— ¡Cómo! repuso Faliero con mal humor; ¿la hija de tu sobrina! Pues ¿cuánto tiempo hace que se casó Nenolo? Anunciacion debe tener, cuando mas, diez años; cuando yo estaba de podestá en Treviso, no se pensaba aun ni siquiera en el casamiento de Nenolo, y de esto hará muy...

— Veinte y cinco años, añadió Bodoeri sonriendo. Anunciacion es una jóven de diez y nueve años, hermosa como un sol, sencilla, modesta, que no ha hablado nunca á ningun hombre. Te amará con el amor de una niña y te dará su corazon por entero.

— Quiero verla, dijo el dux arrebatado por la pintura que acababa de hacerle su amigo de la jóven; quiero verla.

(Se continuará.)

Hundimiento del puente de Constantina

EN PARIS.

El 8 de octubre último, á eso de las cuatro de la tarde, se hundió súbitamente y cayó al Sena el tablero del puente colgante llamado de Constantina.

La circulacion sobre este puente estaba prohibida, porque hacian obras.

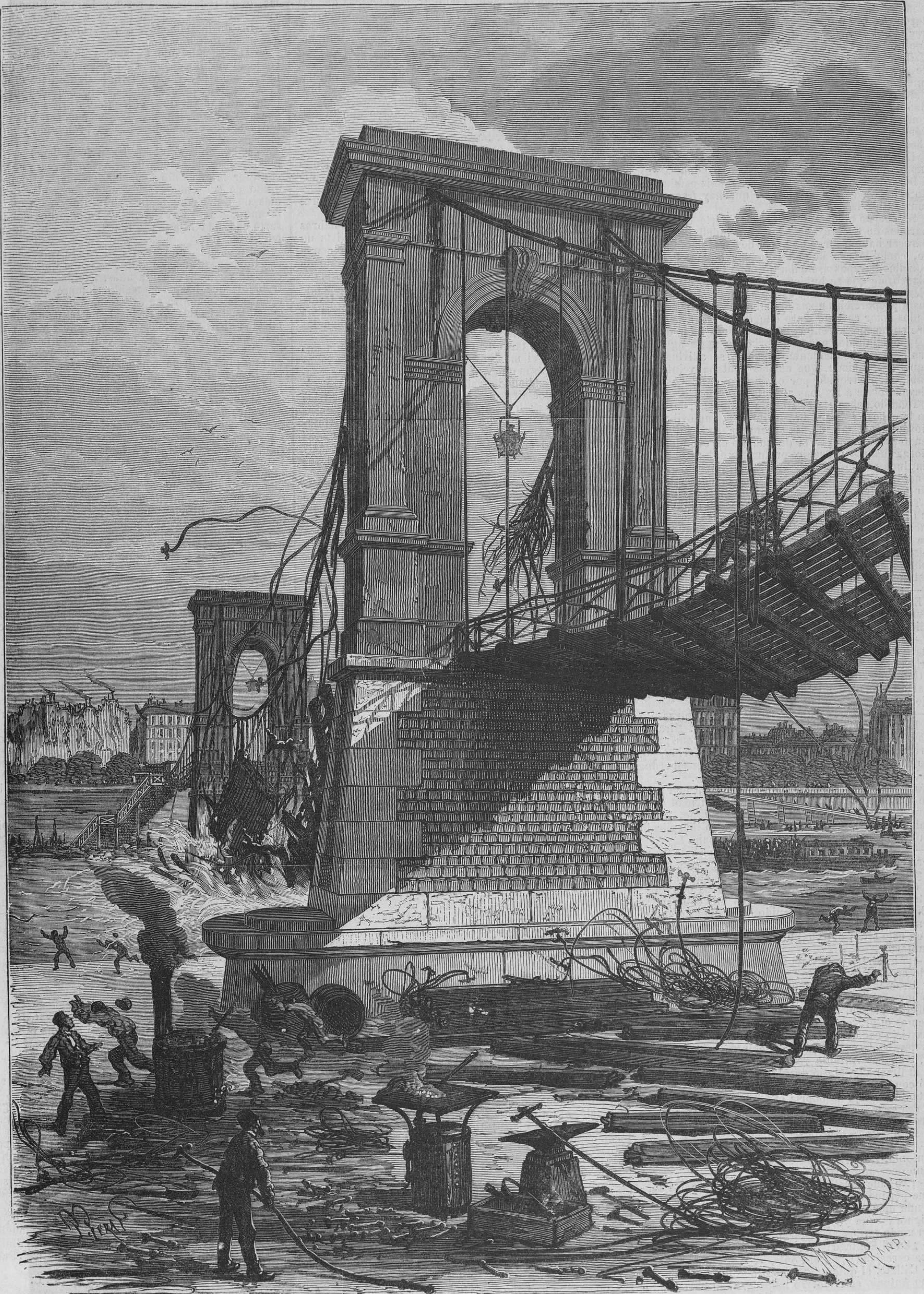
Dos obreros cayeron al rio, de los cuales el uno salió vivo y el otro con una herida grave.

A causa de este accidente, se suspendió la navegacion, pues fué preciso levantar los pedazos del puente, lo que se hizo en dos dias.

Se cree que los cables estaban enmohecidos, y por eso se rompieron; de todos modos, la informacion á que se procede no dará resultados favorables á la construccion de puentes colgantes, y se tiene por seguro que en lugar de este, se levantará un puente de piedra.

Situado á la extremidad de la isla de San Luis, el puente de Constantina comunicaba entre el muelle San Bernardo y el de Bethune, enfrente de la Halle aux Vins. Comenzado en 1836 por el ingeniero M. Surville, se abrió á la circulacion en 1838.

L. C.



PARIS. — Hundimiento del puente de Constantina.



LA ESCUELA DE NATACION, POR BODMER.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 1,032).

Al ruido, Fairthorn levanta la cabeza; delante de él está sir Isaac examinándole gravemente; detrás de sir Isaac la gama de Darrell, precedida de Sofia y ofreciendo su cuello fiel á las caricias de aquella mano criminal y fatal. Fairthorn no puede soportar aquella mirada que añade el insulto á la injuria. El músico se levanta, pega un puntapié á sir Isaac, arranca á la gama de manos de Sofia y mira al animal con un aire de reconvenccion que hubiera conmovido su corazon si nó fuera extraño á todo sentimiento de vergüenza.

— No, señorita, exclamó dirigiéndose á Sofia; no, yo he criado á este animalito, le he alimentado con mis propias manos, señorita; se lo he dado á Guy Darrell, y nó se lo arrebatáis á pesar de todo el mal que podeis hacer, señorita.

SOFÍA.

Yo, M. Fairthorn, solo he logrado captarme el afecto de la gama, porque amo á M. Darrell; y lo mismo hariais vos con el pobre sir Isaac, si quisierais probar á quererme un poco, solo un poco, M. Fairthorn.

FAIRTHORN.

¡Basta! Os ruego que no sigais adelante.

SOFÍA.

¿Por qué? Estoy disgustada al ver que me mirais con tanto disgusto. Hace dos ó tres dias, no sois el mismo para mí; decidme lo que he hecho, reprendedme, pero explicaos.

FAIRTHORN.

No me alargueis la mano, no me sonriais; eso no me agrada. Apartad. Estais ahí interponiéndooos entre mí y la nueva casa, para arrebatarme hasta la vista de esa casa que vos...

SOFÍA.

Que yo... seguid.

FAIRTHORN.

No, os digo que no, no me tenteis. Mas vale que no me hagais preguntas, ó concluiría por deciros la verdad. Seguid vuestro paseo.

A pesar de las maneras grotescas y de la extraña aspeza del músico, en el fondo de su cólera se notaba tal expresion de verdad y de gravedad, que Sofia empezó á experimentar un siniestro presentimiento. Evidentemente era ella la causa misteriosa de alguna gran desgracia y habia provocado sin saberlo aquel singular enemigo. La jóven respondió con mayor gravedad de la que habia demostrado hasta entonces:

— M. Fairthorn, decidme qué he hecho yo para disgustaros; os suplico que me lo digáis, por penosa que pueda ser la verdad.

Un destello de esperanza brilló como un rayo en la mente del músico loco. Soltando entonces á la gama se aproximó dulcemente á Sofia y le dijo:

— ¡Cómo! ¿os inquietais verdaderamente por lo que le puede pasar á M. Darrell?

— ¿Lo dudais?

— ¿No quereis que muera con el corazon despedazado en un país extranjero; no quereis que esta antigua casa quede sepultada en el fondo del lago?

— ¿Cómo podeis hacerme semejantes preguntas? replicó Sofia anhelante; explicaos por favor.

— Bien quisiera hacerlo, señorita. Después de todo, yo creo que sois una buena señorita; vos no quereis ser la causa de la deshonra de los que desean que permanezcáis en el misterio, y...

— ¡Deshonra! interrumpió Sofia.

Todo su ser se conmovió á aquel pensamiento; sus ojos azules, tan dulces ordinariamente, lanzaron un relámpago de indignacion.

— No, estoy seguro de ello; vos no lo quereis; tarde ó temprano acabaríais por saberlo, y os llenaríais de afliccion. Y ese jóven Lionel que estaba tan orgulloso como Guy Darrell la última vez que le vi, mas orgulloso aun... ¡Y decir que podría mostrarse ingrato hácia su bienhechor! Podria llegar un dia en que se indignara contra vos ó contra el vicjo *gentleman*, diciéndooos que le habian deshonrado. Eso no me sorprenderia. Los jóvenes cuando hacen el amor no hablan mas que de ángeles, de flores y de otras cosas parecidas; pero cuando el marido y la mujer se recon-

vienen, lo que sucede temprano ó tarde, no reparan en sus expresiones, y pronuncian siempre las mas acres y ofensivas que les vienen á la boca. Así podreis esperar, mi querida señorita, que le suceda al jóven Hautghon cuando os reconenga por haberle hecho perder la antigua casa señorial, el antiguo nombre de Darrell y haber sido la causa de la deshonra de su familia. Esa es la palabra, señorita. He oido á muchos maridos y mujeres decírsela y repetírsela muchas veces.

SOFÍA.

¡Oh, M. Fairthorn, M. Fairthorn! esas terribles palabras, no pueden dirigirse á mí. Voy á buscar á Monsieur Darrell para preguntarle cómo puedo ser una des...

Sus labios no pudieron terminar la palabra.

FAIRTHORN.

Si, si, id á buscar á M. Darrell si os parece; lo negará todo y no me volverá á hablar en su vida. Es igual, no es eso lo que me inquieta. Pero no por eso será menos cierto que vos sois la causa de su destierro y podeis reducirme á la mendicidad.

SOFÍA, retorciéndose las manos.

¿No tendreis compasion, M. Fairthorn? ¿No quereis explicaros?

FAIRTHORN.

Lo haré si prometeis guardar el secreto, al menos por seis meses. Al menos ganaré ese tiempo.

SOFÍA, con impaciencia.

Lo prometo, lo prometo. Hablad, hablad.

Y entonces Fairthorn habló. Habló de Jasper Loseley, de su carácter, de su envilecimiento, y hasta de su visita nocturna al aposento de Darrell. Habló de la niña que habia querido imponer fraudulentamente á Darrell, de la justa indignacion de este último. No tuvo compasion. Sin tener la menor idea del tormento que estaba dando, exhalaba su dolor.

Todo el misterio de su vida pasada quedó descubierta á los ojos de la desgraciada niña que comprendió al fin todo lo que el cariño de sus protectores habia ocultado. Sus vagas conjeturas se cambiaron en una terrible certidumbre. Entonces comprendió por qué Lionel habia huido de su presencia; por qué habia escrito aquella carta sobre cuyo contenido habia meditado con la mano sobre los labios como para sofocar sus suspiros. ¡Lo comprendió todo, todo! ¡Casarse ella con Lionel! ¡Ocasionar la deshonra de su familia en cambio de un amor tan generoso, tan magnánimo! ¡Arrojar de su propio hogar á su protector, al defensor de su abuelo! ¡Jamás! Y Sofia, aunque aun era una niña, retrocedió al pensamiento de cualquier inocente subterfugio, y levantándose antes de que Fairthorn terminara (el verdugo si nó le hubieran interrumpido nó hubiera dejado de hablar en todo el dia) dijo con firmeza:

— No temais nada, M. Fairthorn; M. Darrell no se desterrará; su casa no será destruida; Lionel Hautghon no se enlazará con la hija del deshonor. No temais nada, M. Fairthorn, todo se ha salvado.

No vertió una lágrima, su fisonomia nó hizo traicion á la muda desesperacion que habia podido notarse en ella por la melancólica despedida de su amante. No, en aquel momento era fuerte; la virtud estaba al lado de la afliccion; el amor debia proteger al objeto amado, librarla de la deshonra, ¡de la deshonra! Este pensamiento nó la atormentaba, se deslizaba sobre ella, como la lluvia sobre las alas de un ave, y marchaba con la cabeza alta y las megillas animadas.

Cerca del pórtico de la casa encontró á Waife con Jorge Morley y su esposa, y asíó con cierto ímpetu el brazo del anciano que pasó con ternura bajo el suyo; en adelante debian ser como en otro tiempo el uno para el otro exclusivamente. Jorge la miró con sorpresa. Mrs. Morley, dispuesta como siempre á pronunciar algunas amables palabras, admiró su hermoso color. Así se dirigieron hácia el jardin.

De pronto se oyó el ruido de un carruaje arrastrado al galope.

— ¡Ah! ¡ya llega Lionel! exclamaron Jorge Morley y Darrell que salieron rápidamente á recibirle.

IX.

Hemos dicho que Fairthorn fundaba en cierta carta su última esperanza, si algo podia salvar aun á Fawley de una ruina completa y á él y á su amo de un destierro á aquel risueño país donde Horacio convidaba á Septimio alabándole la dulzura del clima, la buena calidad del carnero y la excelencia del vino, sin pensar que Septimio tendria el privilegio de tributar los últimos deberes á su poético amigo y derramar lá-

grimas sobre sus cenizas, mientras estuvieran aun tibias.

Estas ventajas nó tenían ningun encanto para el austero Fairthorn, que se daba por satisfecho con los southdowns (1) de Fawley, que profesaba un justo horror por los vinos, y por último que nó tenia el menor deseo de ver muerto á Darrell, por el placer de derramar lágrimas sobre sus cenizas.

La carta en cuestion habia sido dirigida á lady Montfort. Violando sin escrúpulo la confianza de su amo, el traidor la acusaba en términos tan poco respetuosos para el bello sexo como aquellos de que se habia servido con Sofia, de todas las desgracias que el pérfido casamiento de Carolina Lyndsay habia atraído sobre Guy Darrell.

Lo menos que lady Montfort podia hacer, segun Fairthorn, para reparar las ofensas de Carolina Lyndsay, era no compadecerse de su señor: su compasion le mataba. Comentaba á su manera, no sin cierta exactitud, lo que Darrell le habia dicho respecto del particular. Después la informaba del consentimiento de Darrell al enlace de Lionel con Sofia, casamiento criminal, en el cual era evidente, segun las palabras de Darrell, que lady Montfort tenia alguna parte. Pintaba con los mas sombríos colores las consecuencias de aquel matrimonio, la extincion del nombre de Darrell, la destruccion de la antigua casa y hasta el destierro de su país natal.

La conjuraba en nombre de lo mas sagrado para que evitase por cualquier medio las desgracias que habia causado en un principio y ayudado recientemente á completar.

Su carta terminaba del modo mas conciliador. Evocaba la imágen de aquella Carolina Lyndsay, á quien él, Fairthorn, no habia negado nada jamás, á quien habia ayudado en sus primeros cálculos de aritmética, á quien habia enseñado los principales elementos de la música, á quien habia hecho oír la flauta durante horas enteras en las veladas de invierno y en las tardes de verano; de aquella Carolina Lyndsay, que siendo aun niña llevaba á Darrell donde queria como por un hilo de seda.

¡Ah! ¡cómo se habia estremecido Fairthorn de alegría diez y ocho años antes cuando supo que aquella Carolina Lyndsay debia ser la buena estrella de aquella casa, sobre la cual habia atraído despues tantas desgracias!

En nombre de todos aquellos recuerdos el músico la suplicaba impidiera el enlace al cual habia contribuido evidentemente; y si nó podia conseguirlo, que convenciera al menos á Darrell de que nó era el objeto de sus remordimientos y de su compasion.

Carolina casi quedó fuera de sí al recibir esta carta. La imágen de Guy Darrell borrando de su país natal hasta las menores huellas de su existencia, destruyendo su casa y hasta los menores vestigios de sus derechos hereditarios; la conviccion de la influencia que ejercia aun sobre aquella existencia emponzoñada y solitaria; la experiencia ya adquirida por ella de que aquella influencia habia quedado sin efecto cuando le halagó la idea de reparar el pasado, todo esto la agitaba en diversas emociones, ternura, sentimiento, desesperacion.

¿Qué podia hacer? ¿Haria ofertas para que fueran rechazadas? ¿Podria escribir aun al hombre que al mismo tiempo que confesaba que seguia dominándole el amor que experimentaba por ella, habia rehusado resueltamente ver en la mujer que habia engañado una vez su confianza á la Carolina de otro tiempo? ¿Cómo decirle, cómo escribirle: «Aceptadme, porque os amo?» Carolina Montfort nó tenia el orgullo de su rango, pero tenia el orgullo de su sexo.

Y aquel orgullo excitado durante los años de su matrimonio, solamente lo humilló por Darrell cuando fué libre. Le debia aquella humillante reparacion. Pero habiendo sido inútil aquella humillacion, ¿debía ser renovada? ¿No sería esto envilecerse? La primera vez podia bajar la cabeza al oír sus reconvencciones; pero ¿no se atraeria á la segunda vez su desprecio?

Y sin embargo, ¡dulce y tenaz carácter! ¡Con qué ardor deseaba Carolina otra entrevista, otra explicacion! ¡Si pudiera ser efecto de la casualidad, si tuviera siquiera un pretexto, alguna buena razon independientemente de su propio interés para volver á verle!

Pero dentro de breves dias habrá salido de Inglaterra para siempre, con el corazon mas endurecido aun por el último sacrificio que ha creído deber hacer por lo demás.

Ya nó le volverá á ver; nó sabrá hasta qué grado sufre aquel sacrificio; tal vez sufra mas despues cuando llegue la reaccion que sigue á toda resolucion desesperada; y sin embargo, ¡ni una palabra de consuelo por su parte cuando se siente nacida para ser su ángel consolador!

¿Debe llevarse á cabo aquel enlace que tanto cuesta á Darrell? ¿Puede ella por el amor que le profesa colocarse entre dos jóvenes corazonas como los de Sofia y Lionel, confiarles lo que Fairthorn le ha revelado, apelar á su generosidad? Carolina se estremeció al pensamiento de ocasionar un dolor semejante. ¿Era su deber?

En la imposibilidad de responder á aquella última pregunta que se dirigia á sí misma, pensó en Alban Morley; este al menos podia dar su opinion, sugerir algun medio.

(1) Especie de carnero.

Carolina suplicó al coronel que fuese inmediatamente á verla.

Su criado tardó algun tiempo en encontrar al coronel; por último cuando llevó á su señora algunas líneas escritas á la ligera :

« Me es imposible ir, decía Alban; la crisis ha llegado al fin. El país, la casa de Vipont, el imperio británico se estrema. El coronel no puede disponer de un solo momento de las doce horas que van á transcurrir. Le es necesario hablar al conde de Montfort, que es mas intratable y estúpido de lo que puede imaginarse.

» Carr Vipont se ocupa sin descanso de la formación de un nuevo gabinete. Alban debe ayudar á Carr Vipont. Si la casa de los Vipont llegase á faltar á la Inglaterra en estos momentos, no sería ya una crisis, sería una catástrofe. El coronel espera poder consagrar al día siguiente algunos minutos á lady Montfort; pero tal vez se dignará dispensarle el viaje á Twickenham, é ir ella misma á Londres. Si no está en su casa, le dejará dos letras para decirle dónde podrá encontrarle. »

¡Por la barba de Júpiter Capitolino! ¡Hay en el corazón de las mujeres revoluciones que las hacen insensibles á una crisis, y que ni aun les hacen temer una catástrofe!

A la mañana siguiente Carolina recibió de Jorge la carta que contenía el mensaje amistoso de Darrell. Cuando el doctor F., cuyos temores por la salud de lady Montfort no habían sido de ningún modo exagerados por el coronel, fué por la tarde para juzgar del efecto del último medicamento que había prescrito, la encontró en un estado tal de postración nerviosa, en tal abatimiento de espíritu, que se decidió á arriesgar un específico poco conocido de las grandes señoras, es decir, tres granos de pura verdad desleídos en un escerpulo de terror.

« Mi querida lady, dijo, vuestro caso es uno de aquellos en que los medicamentos son un mediano recurso. Algo pesa sobre vuestra alma, un disgusto de una naturaleza que mis prescripciones no pueden apagar, un disgusto roedor; y como vos no podeis curarlo por vos misma ó vencerle, concluirá no por consunción, vos estais demasiado bien constituida para dejar que el disgusto os dañe el pulmón, sino por un aneurisma, y en ese caso el primer choque podría ser inmediatamente fatal. El corazón es un noble órgano, soporta mucho, pero su paciencia tiene límites. Las enfermedades del corazón son en el día mas frecuentes que en otro tiempo, lo que proviene, en mi opinión, de un exceso de educación y de civilización. Los jóvenes están menos sujetos á ellas, tienen golpes terribles de dolor, y no dolores roedores, lo cual es muy diferente. Un disgusto crónico, silencioso, prolongado durante muchos años, produce una dolorosa inflamación en la edad en que los sentimientos no son ya caprichos, y determina una enfermedad de corazón que mata muchas veces sin que se note su presencia, ó que disipado el disgusto prolongará mas bien que acortará la vida, con la condición de evitar siempre prudentemente volver á atormentarse.

» Ved por ejemplo á ese digno anciano Waife que ha estado tan enfermo en Fawley, y por el cual habeis demostrado tanta inquietud; en su caso ha habido ciertamente un disgusto crónico, despues le ha acometido un dolor agudo desgarrador, y el corazón no ha podido ya funcionar. Hace cincuenta años los doctores hubieran exclamado: « ¡Apoplegia! » Hoy sabemos que el corazón salva á la cabeza.

» La última vez que le ví estaba mucho mas tranquilo, y gracias á su aversión natural al disgusto, podrá llegar á los ochenta años, á pesar del estetoscopio. Los excesos en las emociones morales determinan las enfermedades de corazón; el abuso de las fuerzas físicas la parálisis: dos enfermedades mucho mas frecuentes en nuestros días, la primera en vuestro sexo, la segunda en el nuestro.

» Ambas esperan á sus victimas á la entrada de la edad madura. En este momento tengo un notable caso de parálisis, un hombre formado para vivir cien años; no he visto nunca una constitución semejante. ¡Qué huesos! ¡Qué músculos! Yo hubiera desafiado á Van Amburgh con sus dos mejores leones, y mi hombre hubiera concluido con los tres en menos de cinco minutos. Pero eso es peor para él, mi querida lady, eso es peor para él.

» La fuerza hace abusar de los recursos de la vida, y la parálisis se venga del hombre fuerte, destruyéndole de un solo golpe. La parálisis escoge á los héroes; desprecia al débil valetudinario que evita prudentemente los excesos. Del mismo modo, mi querida lady, ese asesino que se llama *aneurisma*, se reserva para los corazones que abusan de sus fuerzas; deja á los corazones que dotados de menos vitalidad gastan con economía sus provisiones.

» Pero no me escuchais, y sin embargo mi enfermo acaso no os sea desconocido, porque ayer cuando dije á la señora que le cuida que no podría volver hoy porque tenía que visitar á lady Montfort, manifestó cierta inquietud y me escribió esta carta, que me suplicó os entregara.

» Parece interesarse mucho por mi enfermo, y sin embargo no es su esposa ni su hermana. Me ha interesado; es una hábil enfermera y una mujer hábil tambien.

» Hé aquí su carta.»

Carolina, que había prestado poca atención á aquel largo discurso, cogió maquinalmente la carta, miró

apenas el sobre, y ya iba á dejarla á un lado, cuando el buen doctor, que estaba decidido á no dejar perder ninguna ocasión de distraerla, dijo :

— No, mi querida lady, he prometido haceros leer esta carta; por otra parte, yo soy el mas curioso de los hombres, y deseo saber algo mas de la que la ha escrito.

Carolina abrió la carta, y leyó lo que sigue :

« Si lady Montfort se acuerda de Arabela Fosset, y quiere, cuando sus ocupaciones se lo permitan, pasar á Clare Cottage, valle de la salud, en Hampstead, y preguntar por Mrs. Crane, se le darán informes que tal vez no sean importantes para lady Montfort, pero que lo son en alto grado por M. Darrell. »

Lady Montfort asustó al doctor por la precipitación con que se levantó y tiró del cordón de la campanilla.

— ¿Qué es eso? exclamó.

— El carruaje inmediatamente, dijo lady Montfort al criado que entraba.

— ¡Ah! vais á ver á la pobre Mrs. Crane, ¿no es eso? Es un delicioso paseo en carruaje; justamente os lo iba á proponer. El ejercicio os sentará bien. Vuestro pulso ha ganado un cincuenta por ciento. Pero ¿no podreis decirme qué grado de parentesco existe entre Mrs. Crane y mi enfermo?

— En verdad, no lo sé; perdonadme, mi querido doctor.

— No hay de qué. Abrigaos bien, y tomad un carruaje cerrado. Yo volveré mañana.

X.

Lady Montfort llegó á Clare Cottage. Brigida Gregs la hizo entrar en una pequeña habitación del piso bajo, donde todo anunciaba la enfermedad en la casa. Una puerta de dos hojas herméticamente cerradas, frascos de cristal sobre la chimenea, una taza de caldo sobre la mesa, y una cacerola al fuego, uno de esos sofás que pueden servir de cama, pero en el cual el sueño visita rara vez al que vela á un enfermo, una manteleta echada con descuido sobre un sillón, en una palabra, ese desorden, elemento que denuncia la presencia del déspota á cuya voluntad todo está subordinado, esa imperiosa tiranía de la enfermedad que absorbe una vida cuyo valor entre esas cuatro paredes es superior con mucho á su valor real. Cuanto mas débil y achacosos está el enfermo, mas absoluto es el despotismo, mas completa la servidumbre.

Despues de uno ó dos minutos, una de las hojas de la puerta se abrió sin ruido, y lady Montfort se vió delante de una mujer de rígidas facciones, vestida con una bata de color gris de hierro.

A primera vista, Carolina no pudo reconocer á aquella Arabela Fosset, cuyas facciones en otro tiempo tan bellas, aunque un poco pronunciadas, habían quedado tan fielmente grabadas en su memoria. Pero Arabela tenía aun aquel aire imponente que había reprimido con tanta frecuencia los alegres arranques de su joven discípula, y mientras hacia seña á la gran señora de que se sentase y se sentaba ella tambien á su lado, el terrible recuerdo de la habitación del estudio hizo inclinarse con respeto la encantadora cabeza de Carolina.

MRS. CRANE.

Vos tambien, vos tambien habeis cambiado desde la última vez que os ví, hace ya mas de cinco años; pero no sois menos bella; podeis aun ser amada, no hariais huir al hombre á quien quisiérais salvar. La aflicción tiene sus parcialidades. ¿Sabeis que he tenido motivo para estaros reconocida sin que vos hayais podido conocerlo? En una época triste de mi vida, cuando solo fermentaban en mi corazón venganza y horribles pasiones, vuestro rostro se ofreció á mis ojos. ¡La bondad que respiraba parecía tan bella, la maldad hacia el mio tan horrible!... No me interrumpais; puedo consagraros pocos momentos. Sí, al ver vuestro rostro se despertaron dulces recuerdos. Vos habiais sido siempre buena y sincera para mí, Carolina Lindsay, si, siempre sincera. Vuestro rostro sereno fué para mí un rayo bienhechor, hizo nacer en mí otros pensamientos, como una música inesperada nos trasporta á lejanos días. No sé decir cómo, pero desde aquel día hay en mí algo de mas femenino que no había experimentado desde mucho tiempo antes en mi corazón. Hasta entonces había sido abrumada por los pesares, herida hasta el fondo de mi alma. Si no os hubiera visto, no hubiera pensado mas que en la venganza. Todavía pensaba en ella, pero para salvar, no para destruir. Sí, dije entre mí, el hombre que se ha burlado de las promesas que me ha hecho y que debían ligarnos para toda la vida, me pertenecerá temprano ó tarde tan completamente como si hubiera cumplido sus promesas, yo le conservaré mi fe como si se la hubiera jurado ante el altar. Pero... ¡escuchad! ¿No habeis oído un gemido? No. Está acostado ahí, Carolina Lindsay, ahí, ahora es mio hasta que la muerte nos separe. Estas manos se han apoderado de él, le han cogido como un niño sin defensa.

Carolina retrocedió involuntariamente, pero mirando aquel semblante herido por el dolor, en el cual la

expresión de una ternura melancólica y apasionada se mezclaba á la del triunfo; la mujer simpatizó con la mujer.

Carolina se aproximó á ella mas que antes; sus hermosos ojos no expresaban mas que la compasión. Arabela miraba sus ojos como fascinada; poco á poco se disipó la expresión dura y sombría de su rostro, apareciendo en él únicamente la ternura. Mrs. Crane prosiguió :

— He dicho á Guy Darrell que procuraría descubrir si la niña á quien yo había maltratado en algunos momentos, y á quien vos, segun parece, habeis acogido tan generosamente bajo vuestro techo, era la hija de Matilde, ó como él creía de una madre mas odiosa. Hace mucho tiempo que tenía buenas razones para dudar de las aserciones del pobre Jasper, porque había leído dos cartas dirigidas á él. La una era de Gabriela Desmarts, de esa mujer que ha ejercido tan fatal influencia sobre toda su vida. Se hablaba de un nuevo robo que debía permitirle volver á Londres, é invitaba á Jasper á que volviera á participar de su fortuna. ¡Pero qué expresiones, qué perversidad, qué sangre fría! ¡Trataba como gracias de crímenes dignos del cadalso!

Arabela se detuvo. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, el mismo estremecimiento que le había ocasionado la lectura de las cartas sustraídas de la cartera.

— Aquella carta, prosiguió, hacia alusión á Sofia y á una nueva tentativa con Darrell, de la cual debía encargarse Gabriela. Todo esto no estaba muy claro; pero una duda asaltó mi espíritu. ¿Escribía de aquella niña como si fuera hija de Jasper? La otra carta era de la nodriza francesa en cuya casa Sofia había sido colocada desde su nacimiento. Era acerca de algunos informes tomados por Darrell en persona y de una visita hecha por él á aquella mujer. Dicha carta hacia alusión á una decepción, pero en términos muy oscuros. La lectura de aquellas cartas me impulsó á reparar mi crueldad hacia Sofia. ¡Qué! ¿habría sido cruel con una niña que despues de todo no era la hija de aquella falsa Matilde Darrell? Guardé en mi memoria las señas de la nodriza, pensando que cuando fuera á Francia podría verla é interrogarla. Pero yo no vivía mas que con un objeto que absorbía todas mis facultades. Sofia no estaba ya en peligro, y hasta mis dudas respecto de su origen se disiparon poco á poco. Pasemos ahora á Guy Darrell. ¡Ah! Lady Montfort, su vida ha sido llena de amargura como la mía, pero él era hombre y podía soportarla mejor. El ha conocido á su vez los dolores de un corazón vendido, abandonado, él que me había manifestado tan poca compasión cuando aquellos mismos dolores me abrumaban. Pero vos teneis excusa, vos habeis sido engañada, y yo le perdono porque él ha perdonado á Jasper y somos compañeros de dolor. ¡Llorais! Perdonadme, no he querido atormentaros. Procurad calmaros y escucharme atentamente, porque no tengo tiempo que perder. Despues de separarme de M. Darrell volví á Francia, ví á la nodriza, y descubrí la verdad; hé aquí las pruebas en este paquete. Regresé á Inglaterra y volví á ver á Jasper Losely. Estaba á punto de ir á buscaros, á vos á quien tanto mal os había ya hecho, para reclamaros la niña á quien habiais adoptado, ó por mejor decir para sacaros dinero bajo el pretexto de renunciar á sus derechos. Entonces le hice saber cuán en vano había procurado hasta entonces huir de mí. Le enumeré uno por uno todos los proyectos culpables que había formado y yo desbaratado, todos los peligros de que le había yo salvado. Le intimé para que renunciara á aquel último proyecto, amenazando hacerle fracasar como todos los demás. ¡Ay! ¡ay! ¡Por qué es tan áspera esta voz, por qué excluye este rostro toda idea de afecto! No conseguí mas que traspartarle de rabia, impelerle á destruir la vida que se había interpuesto siempre entre él y el objeto al cual lo había sacrificado todo, hasta su misma existencia. Creí que iba á morir á sus manos. No retrocedí. ¡Ah! ¡Qué cambio tan terrible se operó de pronto en su semblante! ¡Qué mirada de estupor, de terror supersticioso! Su brazo se negó á obedecerle, le abandonó toda su fuerza, cayó á mis pies: la mitad de su cuerpo estaba paralizado. Pero, ¡callad! oigo su voz: escuchad.

Y Arabela salió precipitadamente, dejando la puerta entreabierta.

Una voz débil como la de un viejo, hirió penosamente el oído de Carolina.

— Quisiera volverme, ayudadme. ¿Por qué me dejais solo? ¿Es muy cruel dejarme así, muy cruel!

Con un tono tan dulce como se lo permitía su voz tan áspera generalmente, la mujer de impasibles facciones procuró calmar al pobre enfermo.

— Me habeis dado permiso, querido Jasper; me habeis dicho que sería para vos un gran consuelo obtener su perdon.

— ¿El perdon de quién? preguntó ágricamente la voz.

— El de Carolina Lindsay, de lady Montfort.

— ¡Qué absurdo! ¿Qué le he hecho yo? ¡Ah! ya recuerdo... no me dejais olvidar. Sí, creo que me perdona. Dadme el caldo y no tardeis.

Arabela volvió á entrar, cerró la puerta, y sin dejar de ocuparse de la preciosa cacerola, á cuyo lado la marquesa de Montfort no era mas que un objeto muy secundario, dijo mirando á Carolina :

— Ya lo habeis oído : *le hago falta*. Ahora no quiere perderme de vista.

Lady Montfort se acercó dulcemente á ella, llevando en la mano el platillo y la taza.

— Sí, lo he oído. No quiero distraerlos; pero permítidme que os ayude mientras esté aquí.

Arabela vertió el caldo en la taza, y desapareció. A los pocos minutos volvió, hizo una seña á Carolina, y dijo en voz baja:

— Entrad, decidle que le perdonais. ¡Oh! no tenais miedo; ahora no le temeria un niño.

Carolina siguió á Arabela á la alcoba del enfermo: el órden mas perfecto reinaba en ella, todo estaba arreglado con gusto y discrecion. Las ventanas de aquella habitacion, agradablemente situadas, daban al Mediodia sobre el valle de la Salud; un fuego brillante chisporroteaba en la chimenea perfectamente limpia; flores exóticas y costosas adornaban la mesa y la chimenea.

Próximo á la ventana habia un gran sillón, en el cual Jasper, masa informe que apenas podia distinguir la mirada, estaba acostado con su rica bata de otro tiempo, envueltos los piés en colchas de abrigo, con la cabeza apoyada en almohadas blancas como la nieve. Estaba en efecto demasiado débil para inspirar temor á un niño; aquello era todo lo que quedaba de un hombre robusto.

Ningun enemigo le habia reducido á aquel estado mas que sus vicios: pródigo, disoluto, se veia privado por su culpa de sus mas preciosos bienes, la salud, la fuerza, inestimables tesoros de la vida que habia recibido en herencia de la naturaleza. Semejante al árbol que cae en polvo bajo su dura corteza para desafiar al viento y la tempestad en el momento de ir á ser derribado, aquel hombre, en el cual todos los principios de la vida estaban destruidos, era aun la imagen de la fuerza, pero próximo á sucumbir al menor choque. « El cántaro se rompe al fin en la fuente. » « Vanidad de las vanidades » dice el sabio.

Carolina se acercó dulcemente á Jasper y le miró con tristeza. El golpe que habia destruido su cuerpo habia respetado su rostro; la enfermedad y la priva-

cion forzada de estimulantes habian regularizado sus formas, y hecho desaparecer las manchas rojizas que le desfiguraban en los últimos años, notándose en él de nuevo la delicadeza de contornos que concluye con la juventud. Aquella belleza que tan fatal habia sido para Jasper, reaparecia de una manera sensible; sus facciones se marcaban con mas delicadeza á medida que la palidez reemplazaba á los colores de la intemperancia, y desaparecia aquella hinchazon de sus mejillas.

La deidad, cuyos favores adornan el exterior del humano espíritu, visitaba el lecho de muerte de su favorito así como habia visitado su cuna, no como Vénus Ericina, diosa de los juegos y las risas, sino como Vénus Libitina, diosa de los funerales y del horrible destino.

— Yo soy una miserable criatura, dijo Jasper despues de un momento de silencio. No puedo moverme sin el auxilio de otra persona. ¡Esto es extraño, es extraordinario! Siempre ha dicho que si levantara mi mano contra ella, caeria esta mano paralizada.

Y volviéndose á Arabela le dirigió una mirada de terror y desaliento.

— Es una hechicera, añadió, y hundió su rostro en las almohadas.

Las lágrimas corrian por las mejillas de Arabela.

LADY MONTFORT.

Mas bien es vuestro ángel bueno. No seais duro con ella. Vos teneis sobre ella mas influjo que cuando estábais fuerte y ágil. Solo vive para servirlos; mandadle con dulzura.

Jasper no pudo resistir á la influencia de aquella dulce voz, se volvió con dificultad, miró á Carolina Montfort como si su vista le hiciera bien, despues hizo una seña á Arabela, que se acercó á él, y le incorporó.

— Soy un miserable perro, dijo procurando volver

á usar el tono baladron que en otro tiempo le era familiar; un miserable perro; en una palabra, un bribon. Pero todas las damas son indulgentes con los bribones; hasta les muestran preferencia. No he conocido jamás á una mujer que pueda soportar á un jóven virtuoso; estoy tambien seguro de que vos me perdonais, señorita... señora... ¿Quién es esta dama? ¡Hay tantas personas cuyo perdon debo pedir! ¡Ah! ya recuerdo. Vuestra señoría me perdonará. Todo lo que he hecho está escrito en un papel, del cual es Arabela depositaria. Mirad esta mano, aun puedo escribir con ella, no está paralizada. No es la mano que levanté contra ella. Pero ¡basta, basta! ¿Qué decia yo? ¡Mi pobre cabeza! Ahora sé lo que es tener una cabeza, dolor sobre dolor. ¡Bum, bum! ¡Qué peso, qué peso! pesada como la campana de una iglesia, hueca como la campana de una iglesia, atronadora como la campana de una iglesia. ¡Aguardiente! Dadme aguardiente, hechicera. Quiero decir Arabela, buena Arabela, dadme aguardiente.

— Aun no, querido Jasper; no es aun hora, querido amigo; debeis obedecer las órdenes del médico para curaros y recobrar vuestras fuerzas; os he dicho cómo debeis recordar cuán buena ha sido lady Montfort para vuestro padre; descábais verla y darla gracias.

— ¡Mi padre! ¡Mi buen padre! ¡Habeis sido buena para él! ¡Bendita, bendita seais! ¿Volvereis á verle? Necesito su perden antes de morir. No lo olvidéis, y... y...

— ¡Pobre Sofia! dijo Mrs. Cranc.

— ¡Oh! sí; pero su suerte está ahora asegurada, segun me habeis dicho. No puedo persuadirme de haberla hecho daño. Indudablemente las mujeres han sido hechas para servir de algo. ¡Basta, basta!

— ¿Y M. Darrell?

— Sí, sí, le perdono ó que él me perdone; arreglado eso como os plazca. ¿Pero obtendreis el perdon de mi padre, lady Montfort?

(Se continuará.)

MÁQUINAS DE VAPOR VERTICALES

LAS ÚNICAS MONTADAS

SOBRE UN ZÓCALO-EDIFICADO-AISLADOR,

DE

J. Hermann-Lachapelle,

Constructor mecánico, Faubourg Poissonnière

144 — PARIS — 144.

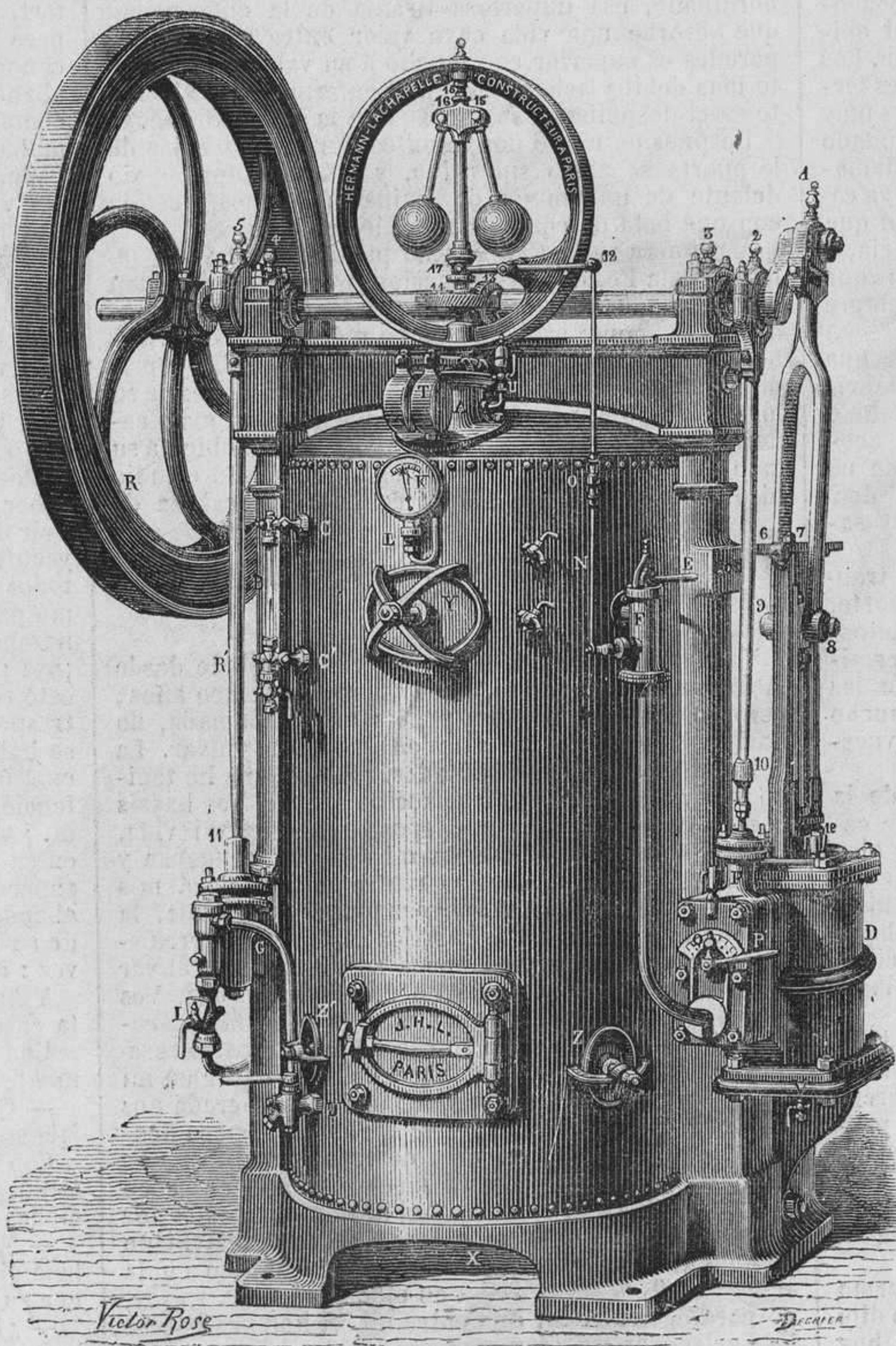
Estas máquinas, establecidas con los mejores materiales y construidas con el mayor cuidado, realizan, por sus disposiciones especiales, todos los perfeccionamientos deseados y posibles en el estado actual de la ciencia y la industria. Son las únicas que responden de una manera completa al programa trazado por los jurados de las exposiciones sobre los progresos que se debia tratar de realizar en las máquinas locomovibles ó portátiles, y que se resume así:

AISLAMIENTO COMPLETO DE LA CALDERA; — CILINDRO DE ENVOLTURA Y DE CIRCULACION DE VAPOR; — DESCARGA VARIABLE; — VELOCIDAD MUY REDUCIDA; — CALENTAMIENTO DEL AGUA DE ALIMENTACION POR EL VAPOR DE ESCAPE; — FOGON DISPUESTO PARA RECIBIR TODA CLASE DE COMBUSTIBLES, PARA QUEMAR LOS GASES PRODUCIDOS POR LA COMBUSTION, Y UTILIZAR TODO EL CALÓRICO.

Estas máquinas ocupan poco puesto: menos de un metro cuadrado hasta para una de un caballo de fuerza, y 1^m 50 para una máquina de cuatro caballos.

No exigen ningun gasto de instalacion. Se ponen sobre una piedra de asiento, *sin cimiento ni fábrica*, y pueden funcionar una hora despues de su llegada.

Pueden establecerse libremente en un



Máquinas de vapor verticales, las únicas montadas sobre un zócalo-edificado aislador, de J. Hermann-Lachapelle, constructor mecánico, Faubourg Poissonnière, número 144, Paris.

taller cualquiera, *aun cuando forme parte de una casa de vecindad* (Decreto del 25 de enero de 1863).

Cualquiera puede calentarlas y dirigir las.

LAS CALDERAS se construyen en los talleres especiales de la casa, lo cual da garantías en la eleccion de los hierros batidos y la ejecucion, que no tienen las que suministran los caldereros á la mayor parte de los constructores.

Su superioridad de construccion sobre todos los demás sistemas ha sido calculada en los concursos en un 30 por 100, y sin embargo, se venden *mas baratas*. El empleo de la maquinaria mas completa y la organizacion especial de los talleres, cuya actividad daremos á conocer diciendo que entregan UNA MÁQUINA POR DIA, explican este resultado.

Son los motores mas económicos, mas seguros y cómodos que pueden emplearse en todas partes donde se quiera obtener un trabajo rápido, regular y productivo. Ponen á disposicion de todas las industrias manufactureras ó agrícolas, una fuerza poderosa, dócil, sin peligro, barata, tan fácil de instalar como de cambiar, trasportar y manejar.

Estas máquinas funcionan en los ARSENALES DE LA MARINA Y EN LOS TALLERES DE OBRAS PÚBLICAS, así como en un crecido número de establecimientos particulares, imprentas, fábricas de papel, confiterías, fábricas de azúcar, talleres mecánicos y de construccion, establecimientos termales, fábricas de chocolate, de bebidas gaseosas, de pastas alimenticias, fundiciones, explotaciones de minas, cervicerías, hilanderías, lavaderos, etc., etc.

Reemplazando con ventaja los aparatos de noria y los motores de viento, convienen especialmente á todas las necesidades de una EXPLOTACION AGRÍCOLA, pues sirven para poner en accion las máquinas de batir y preparar el alimento de los ganados; servicio de las destilaciones, maniobra de las bombas elevatorias, de agotamiento ó de riego, obras de drainage, molienda de huesos, preparacion de abonos, etc., etc.

Muchas de ellas han sido instaladas EN MOLINOS, á los cuales aseguran *solos* ó con el agua y el viento un trabajo regular en toda estacion.

Así sucede que son tan apreciadas como en Francia en el extranjero.